

CAPÍTULO V

Consejo de guerra

I

UNA hora habría trascurrido desde que por orden del comandante francés habían sido puestos en libertad el teniente Pedrarias y los ocho soldados españoles, cuando el joven militar se presentaba nuevamente en el pabellón del coronel Frœschwiller.

—¿Qué se os ofrece?—preguntóle el jefe con displicencia.

—Venía á participaros que por orden mía han sido puestos en libertad los prisioneros españoles.

El coronel descargó un terrible puñetazo sobre la mesa, y exclamó con el rostro encendido como una brasa:

—¿Qué decís?

—Ya he tenido el honor de participároslo: que los nueve prisioneros han sido enviados á Tarragona en justa correspondencia de haberseme dejado libre á mí. Creo valer tanto como ellos y poder prestar con mi concurso mayores servicios al emperador que el que se hubiese obtenido reteniendo así á esos hombres.

—No tocaba á vos decidir esa cuestión, comandante. Habéis faltado gravemente á la subordinación. Id arrestado.

—Esa orden venía á recibir precisamente, mi coronel. Voy arrestado.

Esta vez no esperó La Mettraie á que el coronel

le dijese que podía retirarse, sino que se retiró sin que se lo dijese, dirigiéndose al cuarto de banderas, donde encontró á los cinco subalternos, únicos que había á la sazón en Reus, aparte del oficial á quien ya conocemos.

—Vengo aquí arrestado, señores,—dijo.

Los oficiales no pudieron disimular su sorpresa, ignorantes aún de lo ocurrido.

La Mettraie les enteró en breves palabras del motivo de su arresto, no pudiendo los oficiales disimular su aprobación á lo que había hecho, aunque sin atreverse á manifestarlo claramente.

—Pienso, señores,—dijo el comandante,—que, una vez esté enterado el mariscal de la razón que creo me asiste, dará orden de que vaya yo á ocupar mi puesto en el regimiento á que pertenezco; pero, entretanto, aquí me tenéis, sin que debáis temer que por mi parte haga nada que pueda ser en perjuicio vuestro.

—No era preciso que nos hicierais esa manifestación, señor comandante,—replicó el de más edad de los subalternos,—pues conocemos de sobras vuestra nobleza para temernos el menor compromiso por vuestra parte.

—Me juzgáis bien, señores,—replicó La Mettraie.—Y ahora os ruego continuéis como si yo no estuviera aquí. Tendré paciencia.

Los oficiales saludaron al comandante y éste se sentó á la mesa, escribiendo en seguida.

¿Qué escribía el comandante?

Estamos en nuestro derecho siendo curiosos y tomando razón de todo. El comandante escribía una carta, que decía así:

«Adela de mi alma: ¡Quiera Dios que llegue este papel á tus manos! Persiguióme la desgracia así que me arrojaste de tu lado. Caí prisionero y he estado dos meses en un barco en el puerto de Tarragona, hasta que, por la generosa intervención de un caballeroso jefe español, se convino en un canje. En cambio de mi libertad debía dejarse libres á un teniente y ocho soldados españoles prisioneros aquí. No se avino á ello el coronel, y lo mandé yo, de cuyas resultas estoy arrestado y sujeto á un proceso. Cumplí, empero, mi palabra.

»Ese teniente que por orden mía está ya libre es el causante de mi desgracia contigo, lo sé, aunque en nada puedo culparle; pero, ya que á él le debes tu conversión en fervorosa patriota, no será mucho pedirte que por gratitud moderes algo el odio que por mí sientes.

»Cumpliste tu intención: estás en un convento. Altas é infranqueables barreras te apartarian ahora de mis brazos si no bastasen las puertas de este cuartel en que estoy preso; mas ¿quién puede detener el pensamiento? Y mi pensamiento está contigo siempre.

»Ignoro qué será de mí; pero mientras permanezca en Reus no me creeré desgraciado del todo sabiendo que me ilumina la misma luz y que oímos el mismo tañer de las campanas, de esas campanas de de tu convento, que parece traen en sus vibraciones algo del eco de tu voz.

»Te envió esta carta sin saber qué será de ella. Si por feliz ventura llegase hasta tus manos, ¿me negarías el consuelo de una sola palabra tuya?

»Siempre á tus pies, adorándote,

»Alfonso de La Mettraie.

»Cuarteles de Reus, 15 de octubre de 1810.»

El comandante cerró la carta y la guardó en su dormán, después de lo cual, levantándose de la mesa, púsose á mirar por la ventana que daba á la anchurosa plaza.

Un indecible sentimiento de tristeza inundaba su

corazón. Veía pasar ante sus ojos multitud de gente, todos libres, mientras él estaba preso allí. No había conocido nunca amargura igual, pues cuando, en su calidad de prisionero, yacía en la fragata, parecía que había en su suerte algo de heroico ó respetable que mitigaba la aflicción de la pérdida de la libertad. No así ahora: estaba arrestado por una acusación delictuosa, por insubordinación, por supuesta traición quizás, y esto quitaba toda atenuación á su triste suerte.

El comandante esperaba con ansia al oficial de lanceros polacos á quien había entregado la orden de poner en libertad á los prisioneros. Por fin, poco después del mediodía, vióle entrar en el cuarto de banderas.

El oficial se dirigió al punto hacia el comandante y le dijo:

—Malas noticias: el coronel está que echa chispas y va á sumariaros.

—Estoy tranquilo, teniente, pues de nada me acusa la conciencia. Lo que he hecho no constituye ningún delito de que deba avergonzarme. Si el consejo me condena, mi honor me absuelve. El coronel piensa de una manera y yo de otra: eso no tiene nada que ver. ¿Acaso la noble conducta de los españoles no exigía la correspondencia que yo he observado?

—En puridad, os confieso que la razón *moral* está de vuestra parte; pero hay la razón *legal*, la ordenanza, la subordinación.

—A veces conviene prescindir de todo eso, porque hay intereses más altos á los que atender.

—Creo, á pesar de todo, que el consejo os absolverá, aunque, de todas maneras, hay para tiempo hasta que pueda reunirse; pues, como no hay en Reus más que subalternos...

—Con mandarme á Cervera se sale del paso el coronel. Lo que conviene ahora es que forme con rapidez la sumaria.

—A eso vamos. Ya está nombrado el fiscal, que es el teniente Rameau. Pero ¡qué empeño tan raro tuvisteis en soltar á esos prisioneros!

—Compromisos de honor, mi querido Fouquet.

—Ya supongo que sería por eso. Y, ahora, nada más que valor y paciencia.

—No me faltan las dos cosas, teniente. Pero supongo que el coronel no ha tenido nada que objetar á que cumpliéis la orden que recibisteis de mí.

—En efecto: nada ha tenido que objetar.

—Mucho me alegro.

—Gracias, comandante; mas, aunque no hubiese sido así, ya sabéis que por vos sufriría yo con el mayor gusto cualquier contrariedad. No olvidaré jamás que en Girona os portasteis como un héroe, y sería en mí una prueba de ser un mal soldado si no tuviera presente siempre que se trata de un jefe distinguidísimo.

—Me honráis con exceso, Fouquet. Y, ahora, os repito que habré de quedaros agradecido eternamente.

Un estrecho apretón de manos puso término al coloquio, después del cual el teniente Fouquet fué á reunirse con sus camaradas, volviendo el comandante á su puesto detrás de la ventana.

II

Pasó una hora, y disponíanse á retirarse algunos de los oficiales y con ellos el teniente, cuando La Mettraie hizo á aquél un signo para que se acercara.

—Teniente,—le dijo;—habría de pedir os un favor.

—Estoy siempre á vuestras órdenes, mi comandante.

—¿Os sería posible hacer llegar esta carta al convento de Santa Teresa?—Y, diciendo esto, le mostró la carta que había escrito por la mañana.

—No costaría nada intentarlo, mi comandante.

—Entonces, ahí la tenéis; y, aunque no se consiga el resultado que yo desearía, no por eso será menor mi agradecimiento.

—Venga, comandante, y pronto os sabré decir qué suerte le haya cabido.

El oficial abandonó el cuarto de banderas, y, después de haber presenciado el servicio de dar el pienso á los caballos, se encaminó á la plaza de las Monjas, entrando resueltamente en el convento.

Llamó al torno, y al punto se oyó una voz preguntando qué se ofrecía.

—Haréis el favor de hacer llegar esta carta á su destino, y decid á la señora á quien va dirigida que aquí espero.

—Dadme, hermano,—respondió la voz, muy desagradablemente nasal.

Al cabo de un rato oyóse rumor de pasos que se acercaban, y la voz nasal dijo:

—Sor Adela tiene ya la carta; pero dice que no tiene contestación que dar.

—Bueno: pero ¿me aseguráis que ha recibido la carta?

—Yo misma se la he entregado.

—Y ¿habéis visto si la ha leído?

—La ha leído.

—Y, hermana, ¿habéis visto qué cara ponía?

—No he visto nada.

—Apuesto, sin embargo, á que lloraba.

—Yo no he visto nada.

—Pero ¿no habéis visto que riese?

—Eso tampoco.

—Bueno, bueno, hermana. He tenido mucho gusto en conoceros. Si alguna vez necesitáis algo de mí, pedid por el teniente Anacarsis Fouquet, del 2.º de lanceros polacos.

—¡Oh hermano! Dudo que pueda necesitaros; pero no por eso os agradezco menos el ofrecimiento.

Muy satisfecho se retiró el teniente Fouquet del éxito de sus pasos, apresurándose á ponerlo en conocimiento del comandante, bien persuadido de que se trataba de alguna amorosa aventura.

Al saber La Mettraie que Adela había recibido la misiva, no pudo contener su alegría hasta dar un abrazo al oficial. Nada importaba que no hubiese obtenido contestación inmediata: el comandante esperaba recibirla por uno ú otro conducto.

Así pasaron algunas horas. La Mettraie, atraído, sin saber por qué, á la ventana, continuaba mirando desde allí.

De pronto, y cuando ya el sol se había puesto, vió, á la incierta claridad que aun reinaba, pasar por delante del cuartel á un joven labrador que miraba con insistencia hacia aquella parte.

La Mettraie, creyendo ver visiones, abrió la ventana y se asomó al exterior. Con asombro suyo, el labrador retrocedió, y, acercándose más á la fachada del cuartel, detúvose ante el comandante con pretexto de liar un cigarrillo y encenderlo; operación, esta segunda, de no escasa complicación en aquel entonces.

No cabía duda: aquel labrador... era Pedrarias. Su presencia allí era un aviso, una esperanza para el comandante.

El comandante vió desaparecer luego en la sombra al disfrazado payés, sintiendo rebosar la alegría en su pecho.

III

A pesar de su poco agradable situación, sentíase La Mettraie infinitamente más tranquilo que la noche anterior. Había cumplido la palabra empeñada

á Arjona, por más que fuese á costa de una grave responsabilidad, y sabía que Adela estaba enterada de su estancia en Reus. Para colmo de ventura veía dispuesto á Pedrarias á trabajar en su favor, que no otra cosa significaba su presencia con aquel disfraz.



—Bueno, bueno, hermana. He tenido mucho gusto en conoceros

Por supuesto que estaba persuadido de que los buenos oficios del teniente español habían de rezar tan sólo con sus amorosas cuitas, nada con su situación en cuanto á militar. Para esto último contaba con la benevolencia del duque de Tarento y con elevadas influencias que no le faltarían, especialmente por parte del general Sebastiani, á cuyo alrededor se habían agrupado la mayoría de los jóvenes que, como él, procedían de la emigración realista.

Toda la noche la pasó así, mecido en las más dulces esperanzas. No: Adela no sería tan cruel

que le dejase entregado á su desesperación. Sobre todo contaba ahora con una garantía inesperada, con Pedrarias, que sin duda se encargaría de disipar los escrúpulos patrióticos que á última hora asaltarán con tanta vehemencia á la hermosísima reusense.

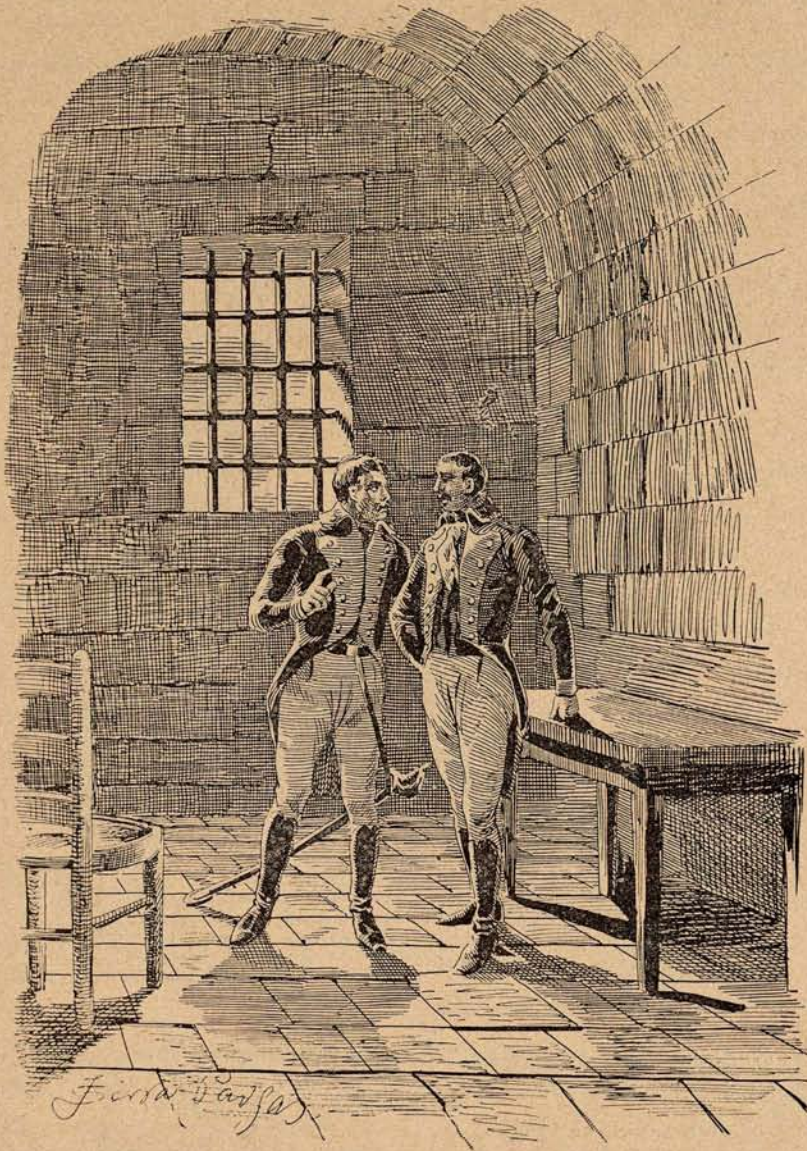
Al toque de diana despertóse La Mettraie, que aquella noche había podido conciliar un profundo sueño, y aguardó impaciente los sucesos que sin duda debían desenvolverse aquel día.

Por de pronto no fué muy halagüeño el recado que le trasmitió el teniente M. Fouquet. El coronel

Frœschwiller había dispuesto fuese trasladado á un calabozo del cuartel. Con gran pesar suyo tuvo que acatar la orden el joven oficial, que no se retiró del calabozo sin asegurar una vez más á La Mettraie que podía contar absolutamente con él.

—No tenéis más que decir una palabra y haré cuanto me ordenéis,—le dijo Fouquet al comandante al despedirse.—Por vos estoy dispuesto á todo.

El comandante agradeció las frases de adhesión



—No tenéis más que decir una palabra y haré cuanto me ordenéis

del bizarro teniente y le manifestó que le bastaba con aquella prueba de amistad, confiando en que todo se arreglaría satisfactoriamente.

Momentos después La Mettraie quedaba solo.

Precisamente en aquella misma hora, un mozo, al parecer labrador, llamaba en casa de un tal Francisco Boronat y le preguntaba por el paradero del teniente Pedrarias.

El Boronat, más enterado de lo que era de pensar, le manifestó al punto las señas, dirigiéndose el mozo al lugar dicho.

—¡Moreno!—exclamó Pedrarias al verle.—¿Qué ha ocurrido?

—Hemos sorprendido á un piquete francés cerca de la Florida, y, después de despachurrar á cuatro y de poner en fuga á cinco, hemos reconocido á los

muertos, habiéndonos apoderado de esta cartera con pliegos.

—¡Bravo!—exclamó Pedrarias.—Venga eso.

Y Moreno entregó al teniente la cartera, repleta de oficios, cartas y otros documentos, con el sello del cuartel general de Mac-Donald.

El teniente se dispuso á leer, y el mozo se retiró, emprendiendo de nuevo el camino de Tarragona.

IV

No fué poca la sorpresa del comandante cuando, al mediodía, vió entrar en el calabozo á un sargento con algunos lanceros, rogándole le siguiera para presentarse ante el consejo de guerra.

—¿Qué consejo?—exclamó La Mettraie con arrogancia.—¿Quién lo compone?

—El coronel, cinco tenientes y yo, mi comandante.

—Os sigo; pero ese consejo es ilegal. Han de juzgarme generales ó jefes, no subalternos.

—El coronel me ha dado esa orden, mi comandante, y no he de replicar.

—Así debéis hacerlo siempre, sargento —respondió el comandante.

Estaba, en efecto, reunido el consejo, constituido como el sargento había dicho. Pintábase la más dolorosa emoción en el rostro de los oficiales, resplandeciendo, en cambio, lleno de alegría, el semblante del coronel. Antiguos hábitos de jacobino habíale hecho concebir absurda antipatía hacia el joven comandante, cuya linajuda estirpe constituía para él una mácula irreparable. Era evidente, por lo demás, que el consejo era de todo punto ilegal.

Al presentarse La Mettraie ante aquellos sus subalternos pudo leer en sus ojos la profunda amargura que experimentaban. El consejo fué breve; el fallo, tremendo: pena de muerte. Podíase poner reparo á la constitución del tribunal, pero la sentencia estaba ajustada á la ordenanza: traición frente al enemigo. Cuanto dijo el defensor para contestar á los débiles cargos del fiscal, no desvirtuaba el hecho: se habían fugado ocho prisioneros por la traición del comandante La Mettraie.

Terminada la vista, el comandante fué conducido de nuevo á su calabozo. La ejecución estaba fijada para el anochecer.

El comandante pidió un sacerdote, y un furriel fué

á buscarlo á la iglesia parroquial de San Pedro.

Al ir á salir el digno clérigo vióse interpelado por un hombre vestido de labrador, que, á haber habido más vigilancia por parte de los franceses, hubieran podido ver toda la mañana por los alrededores de los cuarteles, y que, á haber querido ser algo explícito el teniente Fouquet, hubiera podido decir al coronel que se le había acercado preguntándole por el resultado que había tenido para La Mettraie la escapatoria de los ocho prisioneros españoles.

V

Ello es que, encarándose el labrador con el *vicarío* de San Pedro, dijo:

—Permitidme, padre. ¿Me podríais decir con qué objeto ha venido á avisaros ese furriel francés?

—Aunque vuestra curiosidad no deja de ser chocante,—dijo el padre,—os diré que me han mandado llamar para asistir á un oficial que va á ser fusilado esta tarde.

—Perdonadme, padre, si insisto, y no temáis nada de mí. ¿Estáis por los españoles ó por los franceses?

—¡Rediós, que no sé cómo puedo sufrir esta pregunta! Estoy por los españoles, ¡rediós! Y eso digo, y eso diré, aunque tengan que ahorcarme ¡rediós! en medio del Mercadal. ¡Pedro Cots es realista de Fernando VII!

—Entonces, padre, os pediré un favor. Yo soy un oficial español que debe la libertad á ese comandante á quien van á fusilar, y por eso lo quieren fusilar precisamente. Es preciso que, en vez de ir vos, vaya yo al cuartel, y á otras partes. Trato de salvar á mi amigo.

—¡Vos! Pero ¿quién me responde de vos? ¿Quién os conoce?

—Francisco Boronat.

—¡Ah!

—Sí: el que venía á vernos cada día.

—Por encargo mío.

—Entonces...

—Me basta con eso. Volvamos atrás.

El cura y Pedrarias entraron de nuevo en la iglesia, dirigiéronse á la sacristía, y en un momento estuvo transformado Pedrarias en cura de misa y olla, hecho y derecho. El ir afeitado y rasurado de hacía pocas horas, y unas desafortadas antiparras verdes

que le prestó mosén Pere Cots, hacían imposible reconocerle.

Entonces sacóse Pedrarias de lo más profundo del pecho unos papeles, y, entregándoselos al cura, le dijo:

—Padre: en esos pliegos estriba la salvación del comandante. Si esta noche no vengo aquí á buscarlos, tratad que lo más pronto posible lleguen á poder del general Mac-Donald, que está en Cervera. ¿Juráisme por Dios y vuestro honor hacerlo así?

—¡Lo juro por Jesús Sacramentado!—exclamó el *vicario* extendiendo la mano hacia la custodia, que estaba á la sazón expuesta en el sagrario.

Disfrazado ya, despidióse del digno *vicario* y, en vez de encaminarse á los cuarteles, dirigió sus pasos al convento de Santa Teresa.

Esta vez no fué la presentación tan profana como había sido la del comandante La Mettraie.

—¡Alabados sean Jesús, María y Josef! (en aquel tiempo decían Josef),—exclamó el fingido clérigo llamando al torno.

—Por siempre alabados, amén,—respondió la voz nasal.

—Llevo, hermana tornera, un urgentísimo recado para sor Adela de parte de mosén Pedro Cots, y es preciso que inmediatamente vea á la interesada.

—Pero ¿quién es su merced? Pues no recuerdo haber oído nunca su voz.

—Soy el ecónomo de la parroquia de Falset, y me encuentro en Reus desde hace pocos días por motivos que convienen á nuestra santa causa. Mi nombre, Josef Ferrán.

—Espere, entonces, nada más que un corto rato vuestra reverencia, y, en seguida que esté enterada nuestra reverenda madre superiora, os abriré la puerta.

—Aquí esperaré, hermana tornera; pero ved de que ese rato no sea demasiado largo, pues va la vida de un amigo nuestro.

Sin duda las últimas palabras de Pedrarias produjeron el efecto que se esperaba éste, pues no tardó en girar sobre sus goznes la negra puerta de roble claveteada de agudas púas de hierro que cerraba la clausura, dando paso al disfrazado presbítero.

—¿Sor Adela?—preguntó en seguida á la tornera.

—Voy á conducir al momento á su merced á su presencia.

Dos minutos después hallábase *mosén Josef Ferrán* en la celda de la hermosísima y esquivia novia de M. Alfonso de la Mettraie.

—¡Señorita!—exclamó en voz baja así que vió alejarse algunos pasos á la tornera, que quedó aguardando en el corredor.—Reconózcame V.: soy Fernando Pedrarias.

—¡Señor militar! ¡V. aquí! ¡Con ese traje!—exclamó Adela con tono que dejaba traslucir como cierto movimiento de irritación y escándalo.

—Señorita, ya comprenderá V. que no he venido por el gusto de saludarla únicamente. El comandante La Mettraie está en capilla y va á ser fusilado esta tarde. ¡Salvémosle!

Palideció horriblemente Adela, y, con voz que se le anudaba en la garganta, exclamó:

—¡Alfonso en capilla!

—Sí. Culpable de haber cumplido su palabra dándonos libertad á mí y á ocho soldados prisioneros conmigo. Sálgase V. al momento de aquí. ¿Querrá V. verle, sin duda?

—¡Ah! ¡Mi vida por él!

—Salga V., pues, conmigo. Póngase un traje cualquiera. Pero aprisa: el tiempo urge.

—¡Oh! Al momento.

Salió la joven apresuradamente, y, conforme había dicho, no tardó en presentarse de nuevo, modestamente vestida á usanza de las menestralas, ocultando el rostro lo mejor que pudo bajo una mantilla ó *capucha* de franela blanca.

—Le seguiré á V. á todas partes,—exclamó Adela.—Y en cuanto á dinero, no repare V.

—Más vale así,—respondió Pedrarias con cierta brusquedad.

Con asombro, por no decir escándalo, de la tornera, Adela y *mosén Cots* salieron al breve rato juntos, no pareciéndole entonces á la digna religiosa que el señor ecónomo de Falset guardase aquel comedimiento de formas que había demostrado al llamar, ni que sor Adela se mostrase tampoco más amable, pues apenas si se despidió de ella con un ligero movimiento de cabeza.

Al llegar cerca de la plaza de los Cuarteles, Pedrarias dijo á la joven:

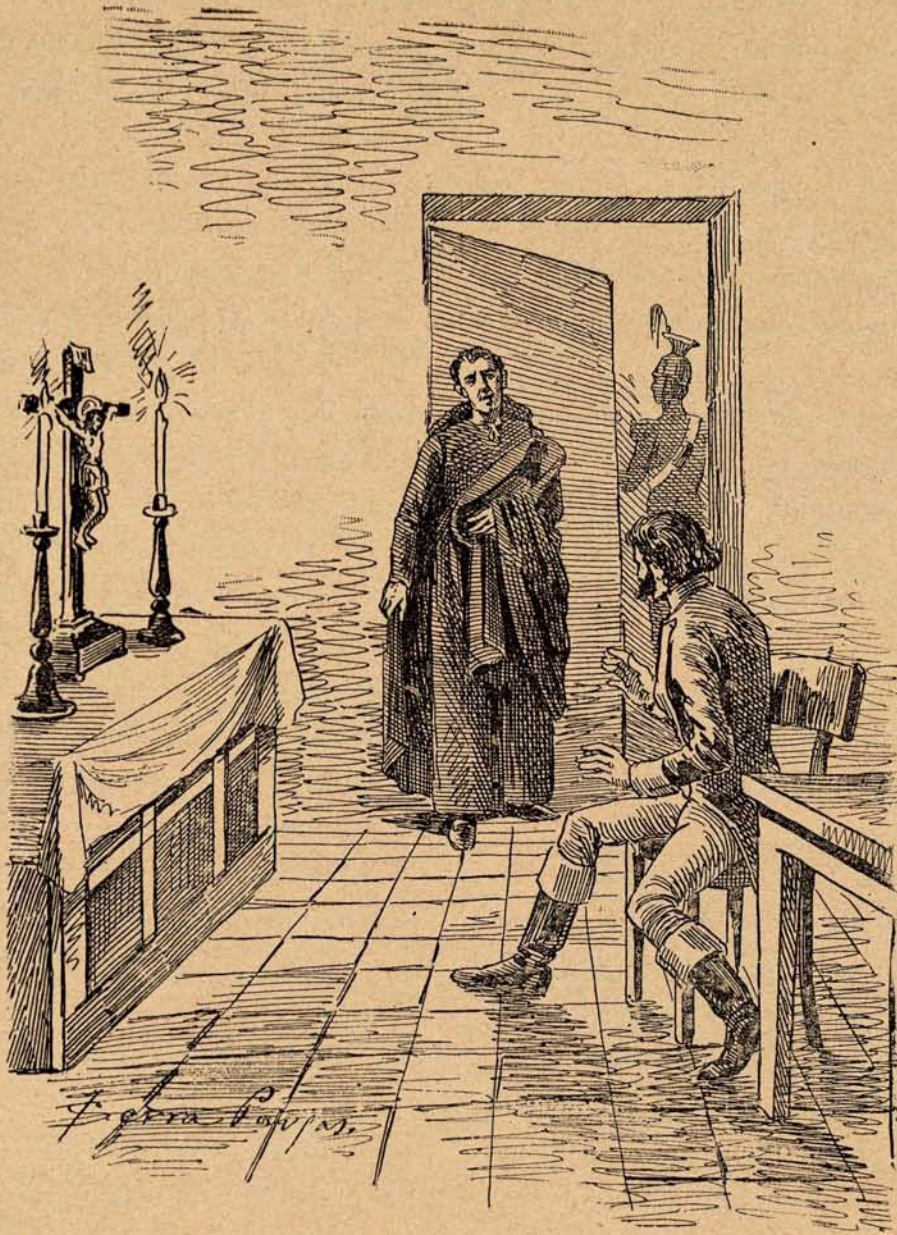
—Me adelanto para ver á La Mettraie: yo saldré dentro de media hora para recoger á V. Aguárdeme

en esa tahona pretextando cualquier motivo. En cuanto á lo que haya que hacer después, yo aconsejaría á Vds. que por de pronto se trasladasen á Salou y me esperasen allí.

—Aquí le aguardo á V. con ansias mortales,

—respondió Adela dirigiéndose al lugar dicho.

Cinco minutos después abríase ante Fernando Pedrarias la capilla en que estaba esperando el comandante La Mettraie la hora terrible de ser pasado por las armas.



—No os habéis equivocado: soy yo, Pedrarias, vuestro agradecido amigo

VI

Al ver á Pedrarias no pudo menos La Mettraie de hacer un movimiento de asombro, como si hubiese reconocido en seguida al personaje que de tal guisa venía disfrazado.

—No os habéis equivocado,—exclamó el teniente sin más preámbulos.—Soy yo, Pedrarias, vuestro agradecido amigo. Ahora sólo os ruego me obedecáis en cuanto yo os ordene.

—Veremos,—respondió sonriendo La Mettraie.

—Vestíos estos hábitos y salid con ellos. Adela está en una panadería de la calle del Padró.

—¡Cómo! ¿Adela?

—Sí: excusadme explicaciones. ¡Ea! ¡Vestíos pronto!

—¡Muy bien! Y vos os dejaréis fusilar en mi lugar: ¿no es eso?

—No tengo ganas aún de que me fusilen. Dejadlo: es cosa mía.

—Pero...

—Vais á hacer entonces que nos fusilen á los dos.

—Pero, teniente...

—Sí: nos fusilarían á los dos, y, entretanto, Adela, que os aguarda...

—Pero, si yo os deajo aquí, ¿qué será de vos?

—No es cuenta vuestra, comandante. Cuando os propongo eso será porque cuento con algún medio para salir del paso.

—Pero...

—¡Acabaremos! Si no os decidís al punto, me largo, y en mi lugar viene un cura de veras y Adela se queda aguardando por una eternidad.

—¿Me aseguráis, teniente, que obedeciéndoos no corréis ningún peligro?

—Os lo aseguro. No tengo malditas las ganas de que me envíen al otro mundo, por ahora.

—Y ¿con qué medios contáis?

—Eso no os importa.

—Pero... ¿y mi honor? ¿No me expondréis á una deshonra?

—Me ofendéis al hablar así. Os juro que no pienso correr ningún peligro.

—Entonces quedo libre de toda acusación que se me pueda dirigir.

—Completamente libre. Y, ahora, ¡aprisa!

En un momento quedó M. de La Mettraie convertido en pseudo-falso ecónomo de Falset. Salió del calabozo después de haber abrazado estrechamente á Pedrarias, que quedó vestido de labrador, y, por más que á los centinelas hubo de parecerles algo metamorfoseado el *pater* que habían visto entrar, no pararon, ó no quisieron parar, mientes en ello.

Una hora después, Pedrarias llamaba al centinela recién entrado y le decía en chapurreado francés que pedía ver al coronel Frœschwiller. El centinela, asombrado de que de tal manera hubiesen cambiado la indumentaria y el puro acento parisiense del comandante La Mettraie, no tuvo necesidad de que Pedrarias se lo dijese dos veces, y dió corriendo aviso de la pretensión del preso.

No tardó mucho en presentarse el coronel, que, seguido de algunos soldados, echaba fuego por los ojos.

—Solos, señor coronel,—dijo Pedrarias.—Para lo que he de deciros necesitamos estar sin testigos.

—¿Dónde está el comandante La Mettraie?—res-

pondió, furioso, el coronel, sin atender á la observación del preso.

—Y ¡yo qué sé! Sin duda muy lejos de aquí,—respondió Pedrarias.—Pero os repito que quiero hablaros, y que *nos* conviene hablar á solas.

Era tan extraordinaria la serenidad del preso, á pesar de su amenazadora situación, y miraba con tal insistencia y, por decirlo así, con tanto descaro al coronel, que éste, sintiéndose subyugado, exclamó:

—¡Veremos que me queréis! Salid.

Retiráronse los lanceros y quedaron solos Frœschwiller y el preso.

—Soy D. Fernando Pedrarias, teniente de la compañía de granaderos del primer batallón del regimiento de Ultonia,—exclamó el preso,—y acabo de hacer salir de aquí al comandante La Mettraie, disfrazado con los hábitos de cura con que he conseguido penetrar hasta este calabozo.

—Y ¿tenéis valor para confesarlo?—exclamó el coronel, de cada vez más furibundo y asombrado.

—Sí. ¿Por qué no? Ahora, pues, que sabéis con quién tratáis, os haré una proposición.

—¿Vos? ¿Qué proposición podéis hacerme sino que os mande ahorcar al punto?

—No lo creo,—respondió friamente Pedrarias.

—¿Que no lo creéis? Pues pronto habréis de verlo. Loco sois, pero no os habrá de valer vuestra locura.

—Quieto, quieto, coronel.

—¡Osáis amenazarme!

—¿A qué negarlo? Sí: os amenazo. ¡Como que tengo vuestra vida á mi entera disposición!

—¡Vos!

—Yo. Por lo tanto, tranquilizaos y hablemos.

—Es para mí cuestión de honor no oiros más. Preparaos á morir dentro de cinco minutos.

—Os guardaréis muy bien, coronel.

—Pero ¿queréis volverme loco como vos?

—Nada de eso, coronel. Sentaos, oid, y luego decidiréis.

—Hablad.

—Al ser puesto ayer noche en libertad, en virtud de la orden firmada por el señor comandante La Mettraie, no creía que mis hombres hubiesen de encontrarse con ningún francés al dirigirse á Tarragona; pero no fué así.

—Sí: ya sé. Una villana emboscada. Ocho húsa-

res que al descansar un rato en un ventorrillo fueron sorprendidos por unos brigantes: acabo de recibir el parte.

—Esos brigantes eran mis bravos bisoños. Pues bien: mi gente, siempre amiga de curiosar, se llevó los papeles de que era portador uno de los que perecieron en la refriega, y entre esos papeles los hay que os interesan particularmente.

—¿Qué decís?—exclamó el coronel levantándose.

—Quiero decir que os felicito por ser uno de los más decididos jefes del partido *filadelfo*. Hay entre los papeles una carta para vos del señor general Gouvion Saint-Cyr que si llegase á manos del señor general Mac-Donald, pongo por caso...

—¡Teniente! ¡Sois un impostor!—exclamó el coronel, lívido.

—Ya sabéis que el señor duque de Tarento es el más fiel, el más adicto, el más leal de cuantos se dejarían hacer trizas por el emperador. Esa carta del señor Gouvion Saint-Cyr, metida dentro de un oficio del señor duque de Tarento en que os ordena os mostréis humanitario y condescendiente para con el paisanaje, podría, digo, ocasionaros un sensible mal rato.

—¿Y esa carta?

—Esa carta, en que no aparece poco comprometido tampoco el señor mariscal Ney, duque de Elchingen, está en manos de quien, si no me ve en su casa esta noche, va á ponerla en seguida en manos del señor general Mac-Donald, que está en Cervera, como ya sabéis.

—¡Impostura! ¡Calumnia!

—Cuanto queráis. Pero si me ahorcáis sois fusilado. Ahora, elegid.

El coronel permaneció algunos momentos como sumido en la más profunda postración, hasta que, rehaciéndose de pronto, exclamó:

—¿Cómo he podido daros crédito un solo instante? ¡Sois un miserable impostor! ¡Jamás he sido lo que decís!

—¡Filadelfo!

—¡Callad, ó vive Dios que aquí mismo os estrangulo yo!

—Os guardaréis de hacerlo si algún amor conserváis aún á vuestro pellejo. Os digo que la carta de Gouvion Saint-Cyr está en buenas manos, y que de vos depende que el duque de Tarento la vea ó no la vea.

—Y ¿qué dice esa carta que me queréis hacer creer tenéis en poder vuestro?

—No en poder mío, sino en poder de otro, andarín excelente. Dice, pues, la carta, que el emperador es un canalla (*un canaille*), un infame y un envidioso; dice que los trabajos de Donnadieu están muy adelantados, que Ney tiene muy bien la cosa, que Saint-Cyr se encarga de París, y que no tardará en ser proclamada la República Francesa, única é indivisible. Se os encarga que trabajéis el regimiento; que, mientras Suchet está ocupado en lo de Tortosa, deis vos el grito de ¡Viva la República! en Cervera, y que si Mac-Donald, como no puede menos de ser, se niega á secundar el movimiento, le peguéis cuatro tiros. Ya veis que sería mucha lástima que el duque de Tarento llegase á enterarse de estas curiosas cartas; pues, además de la que va firmada por el señor general Saint-Cyr, hay algunas más con nombres al pie que supongo alegóricos (*Robespierre, Hebert*, por ejemplo), pero cuya letra reconocerían, sin duda, los peritos.

El coronel quedó como herido por un rayo.

—Hablemos, pues, como buenos amigos,—repuso Pedrarias.—A la verdad, en todo eso no hay sino un exceso de celo por vuestra parte. Todo puede arreglarse perfectamente.

—¿Qué decís?—exclamó el coronel, como si dudara de que el asunto pudiera arreglarse con la llaneza que suponía el preso.

—Ciertamente,—repuso Pedrarias, siempre con aquella serenidad que desconcertaba al coronel.—¿De qué se trata aquí? De una orden firmada por el comandante La Mettraie mandando se nos pusiera en libertad: mera cuestión de atribuciones. Retirad esa orden, firmadla vos, y es justo, pues los españoles os han devuelto á un oficial de tanto mérito en cambio de un subalterno tan oscuro como yo y de ocho pobres soldados, y, ya veis, como si no hubiera pasado nada. Antes bien, con soltarnos y con no castigar al comandante La Mettraie, culpable del delito de benignidad, demostráis vuestro deseo ardiente de secundar las miras elementales del señor duque de Tarento.

El coronel reflexionó y dijo al cabo de un rato:

—Acepto. Pero ¿quién me responde de que no os quedaréis luego con esos... documentos?

—¡Señor coronel, por Dios! Una vez esté yo en libertad, os serán entregados al instante todos los pa-

peles. Dadme vos el salvoconducto para mí y mis ocho hombres, y, una vez en mi poder, haced que me acompañe cualquiera de vuestros oficiales con orden de traerme de nuevo á presencia vuestra, y si cuando vuelvo no os los entrego quedo nuevamente preso.

—Bien está,—repuso el coronel.—Esperad.

Salió el *filadelfo*, y volvió al cabo de un cuarto de hora con un salvoconducto en regla.

—¿Está bien así?—preguntó Frœschwiller.

—En regla,—respondió Pedrarias.

—Seguidme.

Salieron el coronel y el preso, y, al llegar al cuartel de banderas, el coronel mandó llamar al teniente Fouquet.

—Teniente,—le dijo sin poder ocultar su turbación;—id con ese hombre á donde él os manifestará, y volved con él, sin perderle de vista ni un momento.

El teniente saludó marcialmente á su jefe y salió con Pedrarias del cuartel, precediéndole á cierta distancia el primero.

Al llegar á la iglesia de San Pedro reuniéronse los dos, y juntos se dirigieron á la sacristía, donde se encontraba mosén Pere Cots paseando á grandes pasos y vestido sencillamente con unos calzones y una almilla.

—¡Ya veis, padre! ¡Ya está en libertad el reo de muerte!—exclamó alegremente Pedrarias.—Dadme ahora los papeles.

El digno vicario, sin poder reprimir su gozo, abrazó al teniente, y, abriendo luego un armario, sacó de dentro de un cajón los documentos, que entregó á Pedrarias.

—¡Bravo!—exclamó éste.—Ahora voy á ponerme en libertad yo.

—¡Eh! ¿Corréis acaso algún peligro?—exclamó alarmado el padre.

—No, no, mosén Pere: ningún peligro. Ved.—Y le enseñó el salvoconducto.

—¡Ah! Es que si se tratara de hacerlos el menor daño...

—Se guardarán bien, padre. Pero ¿cómo demontre vamos á hacerlo ahora para devolveros la sotana, el manteo, el solideo, el sombrero?

—¡Eh! ¿Se os figura que no tengo otros? Conservadlos como recuerdo mío, y, además, eso os podrá quizás servir en alguna ocasión.

—Gracias, padre. Habéis tranquilizado mi conciencia; pero presumo que, si ahora tenéis que echar á faltar un sombrero de teja, ¡quién sabe! puede que el mejor día os encontréis...

—¿Con qué?—repuso con socarronería el vicario.

—¡Con una mitra, voto al diablo! ¡Yo os la he de dar cuando sea ministro de nuestro amado rey el señor D. Fernando VII!

—De menos nos hizo Dios,—respondió el vicario.

Al cabo de un cuarto de hora volvía á entrar Pedrarias en el cuartel, seguido á corta distancia por el teniente Fouquet.

El coronel le esperaba en su despacho.

—Ahí tenéis las cartas y toda la documentación,—dijo el teniente.—Quedamos en paz.

El coronel bajó la cabeza, y Pedrarias salió del aposento en medio de la estupefacción de Fouquet, que no acertaba á comprender lo que había sucedido.

Poco después el coronel Frœschwiller se hacía entregar el proceso formado al comandante La Mettraie y lo arrojaba al fuego.

VII

Mientras esto ocurría en Reus, el comandante La Mettraie y Adela, aquél con los hábitos de cura y la otra con su capuchón de bayeta blanca, hallábanse en Salou, creídos de que Pedrarias tendría intención de flotar alguna barca para que les condujese á todos á Barcelona, en cuyo punto podría el comandante reunirse con los suyos, y él, por su parte, no inspiraría ninguna sospecha.

Había cerrado ya la noche cuando oyeron una voz conocida que preguntaba por ellos al honrado pescador en cuya casa se habían hospedado el presbítero y su *majordona*, que por tales se hicieron pasar los fugitivos.

Introdujo al momento el pescador al recién llegado, que no era otro que Pedrarias, á presencia de los forasteros, con indecibles muestras de alegría por parte del comandante, descargado ya de un enorme peso al ver en salvo á su noble libertador.

—¡Oh! ¡Cuánto os debo!—exclamó con efusión.

—No hay que hablar más del asunto. Todo está arreglado, y aquí no ha pasado nada. Ved.

Y le mostró el salvoconducto extendido á su favor, juntamente con el de los ocho soldados, fir-

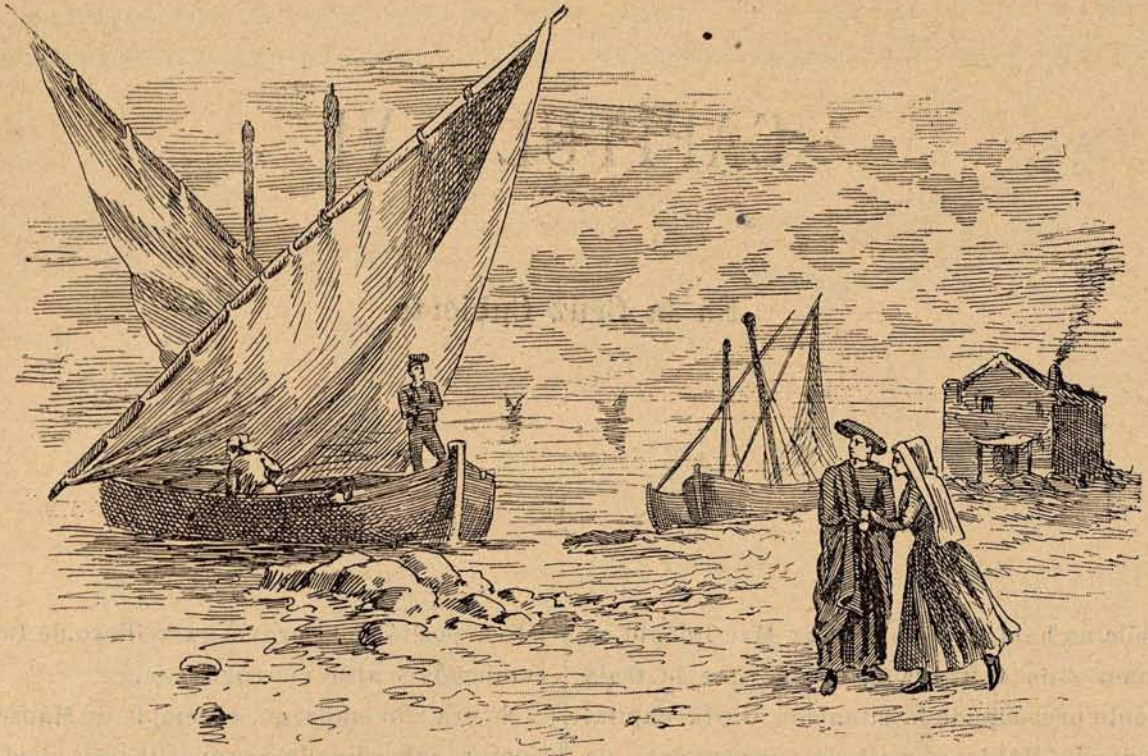
mado y rubricado todo por el coronel Fröeschwiller.

—Pero ¡esto es un milagro!—exclamaba el comandante.—¿Cómo habéis logrado realizar este prodigio?

—Permitidme que guarde el secreto, comandan-

te,—replicó el teniente.—Básteos saber que mi liberación no ha costado ni una sola gota de sangre. Y, ahora, á Reus de nuevo: habéis sido lealmente canjeado conmigo y mis soldados y no hay que hablar más del asunto.

—¡A Reus!—exclamó Adela.



...y Pedrarias se embarcaba en un laúd...

—Sí, mi bien,—repuso La Mettraie;—mas yo te juro que hoy mismo voy á pedir se me traslade á Alemania. ¿No querrás seguirme?

—Donde quieras,—replicó Adela,—mientras no combatas contra mis hermanos.

Era plácida la noche: aquellos tres generosos co-

razones sintieron á aquella hora estrecharse más que nunca los caros vínculos que les ligaban dulcemente, y antes de que apuntara el alba regresaban á Reus los dos amantes, y Pedrarias se embarcaba en un laúd, que al poco tiempo le dejaba en el muelle de Tarragona.



CAPÍTULO VI

En la Cruz Cubierta

I

No sólo no había podido pensar Mac-Donald en poner sitio á Tarragona, sino que le traía hondamente preocupado la situación de la capital del Principado. Habíanse agotado por completo, ya en setiembre, todos los víveres que á costa de tantos contratiempos y peligros habían podido introducirse en Barcelona con el convoy de á mediados de agosto, y era urgentísimo acudir al abastecimiento de la ciudad para que la guarnición no se viera en el caso de tener que capitular por hambre.

Para introducir ahora un convoy presentábase una terrible dificultad, y esta dificultad era la partida de Manso. El valiente guerrillero había sido rogado á primeros de año por el marqués de Campoverde para que se encargase del mando de la vanguardia de la división del Ampurdán, á cuyo frente estaba, y bien puede decirse que no pasaba día sin que la gente de Manso descalabrarse á los gabachos, ora causándoles numerosas bajas, ora haciéndoles incesantemente buen golpe de prisioneros, que eran enviados á las fortalezas de Mallorca ó á los depósitos que teníamos en Tarragona. Manso había sido el brazo derecho de Campoverde cuando la atrevida expedición de éste á la Cerdaña francesa, y cuando dicho general fué reemplazado por el barón de Eroles, este distinguidísimo y entendido

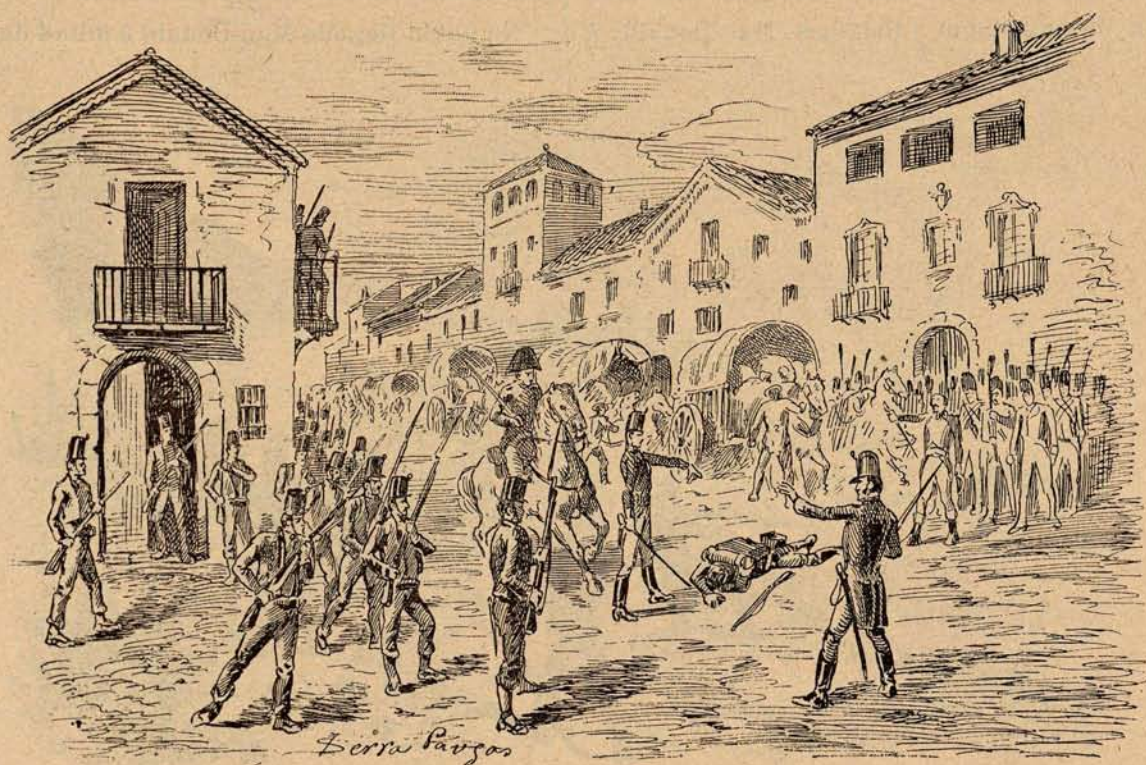
jefe depositó en el bravo guerrillero de Borredá su omnimoda y absoluta confianza.

No era, sin embargo, el temple de Manso, aunque siempre subordinado, á propósito para obedecer, sino para mandar. Hombre de imaginación, de iniciativa, aveníase mal su temperamento aventurero é independiente con la sumisión pasiva. Para realizar sus planes, para dar rienda suelta á su admirable instinto, necesitaba moverse sin ninguna traba, y por eso aprovechó la primera ocasión para volverse al llano de Barcelona y renovar allí las proezas que en el norte de Cataluña llevara realizadas; proezas que habian encendido de tal manera la vergonzosa cólera del señor general Eugenio Suchet que este digno napoleonista había publicado un bando imponiendo la pena de horca á Manso y sus guerrilleros si por acaso llegaban á caer en manos de sus tropas, que ocupaban la derecha del Ebro, desde Mequinzenza á Tortosa.

Bien sin cuidado le traían, sin embargo, á Manso los bandos del sanguinario general, pues no rezaba con él ni con los suyos eso de ser hechos prisioneros: ellos, sí, los hacían cada día. Contaba, pues, Manso, con seguir impidiendo á Mac-Donald que pudiese acudir en auxilio de su colega, y para eso proponíase con todas sus fuerzas oponerse á la en-

trada del convoy que se esperaba en Barcelona, y, de no alcanzarlo, obligar al duque de Tarento á tener que dejar gran número de gente en la capital catalana y en el camino de Francia, para que á lo mejor no sucediera que Barcelona fuese sorprendida ó que las comunicaciones con Francia quedasen completamente cortadas. Aparte de esto, prometiase Manso, sin embargo, no olvidar el bando de Suchet y hacérselo pagar muy caro en su día.

A mediados de 1810 contaba Manso con una hueste brillantísima: toda la juventud de Barcelona y su llano militaba bajo las banderas del regimiento de cazadores de Cataluña (llamado después de Hostalrich), organizado por el intrépido hijo de Borredá, y cuyos oficiales eran todos jóvenes de carrera ó pertenecientes á las más distinguidas familias; y por el llano y la montaña, desde la costa al Pirineo, oíanse canciones en que se celebraban las proezas del cau-



...apoderóse de un convoy que á mediados de octubre había llegado á la Junquera...

dillo, haciendo de su persona el dechado del honor, el valor y la lealtad.

Desesperábase el señor general Mathieu, gobernador de Barcelona, con las noticias que de continuo recibía sobre las hazañas de Manso, y ni él, ni Suchet, ni otros, reparaban en medios para acabar con aquel hombre: tentativas de asesinato, tentativas de envenenamiento, tentativas de emboscada, á todo apelaban; pero todo les salía al revés de lo que presumían, no pareciendo sino que se trataba del diablo en persona. Verdad es que lo mismo pensaban los montañeses, si bien teniéndolo, no por un diablo, sino por un hombre de facultades sobrenaturales, evidentemente en directa inteligencia con Dios. Sus apariciones inesperadas, sus audaces golpes de mano, su portentosa previsión, dábanlo así á entender.

Si hubiesen dicho que Manso se había trasladado, en un solo día, desde el Llobregat al Tajo, probablemente todos los catalanes lo hubieran creído á pies juntillas.

II

Sabíase ahora en Barcelona, y lo sabía Manso, que iba á salir de Francia un gran convoy, pero que iría bien custodiado, pues no solamente lo acompañarían las fuerzas que mandaba en el Ampurdán el general Baraguay d'Hilliers, sino que Mac-Donald se movería camino de Gerona para escoltarlo desde allí á la capital; y menester era todo eso si se quería que el convoy no cayese en manos de los guerrilleros, con no poca desesperación de Suchet, plantifi-

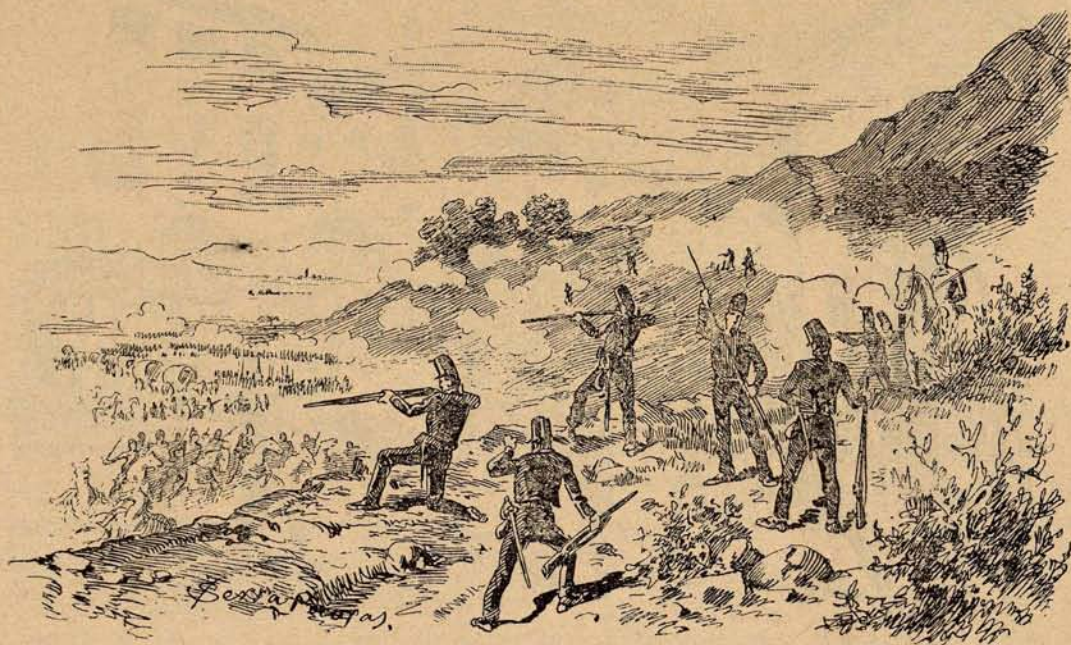
cado á orillas del Ebro sin poder adelantar nada en su jactanciosa empresa de apoderarse de Tortosa.

Voló en seguida Manso al Ampurdán, y, en combinación con el barón de Eroles, apoderóse de un convoy que á mediados de octubre había llegado á La Junquera, esto es, á tocar con la frontera francesa; y no sólo esto, sino que, habiendo el enemigo acampado en Lladó, atacóle inesperadamente, haciéndole, como siempre, buen número de prisioneros, después de lo cual desapareció como por ensalmo.

Ya, en el entretanto, dirigíase Mac-Donald á

Gerona: el convoy había llegado allí, y el duque de Tarento, al frente de una división, disponíase á acompañarlo á Barcelona. Llegó el día de la marcha, y ya pudo verse desde el primer día lo terribles que iban á ser aquellas etapas, á pesar de llevar Mac-Donald 20,000 hombres, 1,800 caballos y 12 piezas. De nada servían los flanqueadores ni las avanzadas: las balas silbaban sin saber de dónde procedían, y la columna adelantaba como si pasase por encima de un terreno movedizo.

No había llegado Mac-Donald á mitad del camino,



¡Manso les había tenido detenidos cuatro días...

cuando se vió cerrado el paso. Los desfiladeros del Tordera estaban ocupados por Manso y era inútil pensar en avanzar. El general trató de buscar al enemigo; pero el enemigo, como si se hundiera bajo tierra, no parecía por ninguna parte hasta que se intentaba proseguir la marcha. Entonces volvían de nuevo las mortíferas descargas; entonces perecía todo aquel que, atrevido, se atrevía á poner el pie en el desfiladero. El convoy, escoltado por la división de Mac-Donald, no podía pasar.

Y así trascurrió un día, habiendo los franceses tenido que retroceder, y siendo aquella noche el vivac la viva imagen del terror.

Intentóse al día siguiente forzar el paso á toda costa, pero Manso cuidaba de desordenar la columna, que quedaba luego separada en una infinidad de

trozos, reinando la mayor confusión en sus filas. De nada servían los cañonazos, los asaltos: el desfiladero era infranqueable. Por los flancos, por retaguardia, por la vanguardia, era un continuo ataque: la columna, inmóvil, paralizada, estaba envuelta.

Y así pasó otro día.

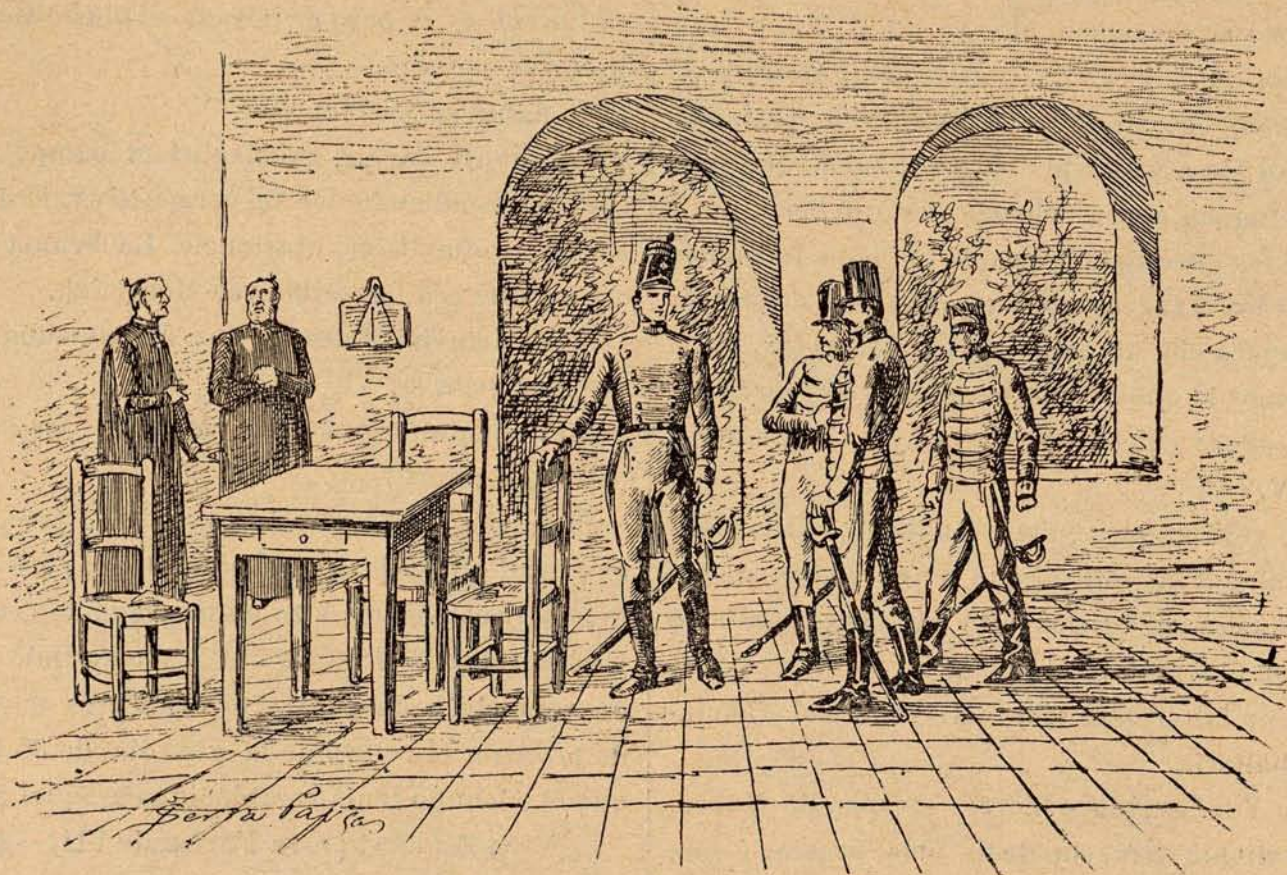
Y llegó el *día tercero*, encontrando á Mac-Donald en aquella desesperada situación. El desfiladero estaba obstruído por todo género de obstáculos, el invisible fuego era terrible como nunca, la caballería no se atrevía á desenvolverse por temor á ser copada, los reconocimientos no daban resultado, y la columna... ¡siempre á la entrada del desfiladero!

Y llegó *el cuarto día* de aquella detención inverosímil, jamás vista. ¡CUATRO DÍAS llevaba Mac-Donald

sin poder pasar! El convoy, destinado ahora al consumo de los mismos que lo conducían, iba disminuyendo en proporciones alarmantes. Despreciando vidas, resueltos á perecer todos antes de continuar en aquella humillante situación, lanzáronse hombres y caballos en confusión revuelta por el desfilaro, y, por fin, salieron... mermados, abatidos, mordiéndose los labios generales, jefes, oficiales y soldados. ¡Manso les había tenido detenidos *cuatro*

días á aquellos miles de hombres con solos los ocho ó novecientos cazadores de Cataluña que tenía á sus órdenes! (1)

El convoy, por fin, acabó por entrar en Barcelona á primeros de diciembre; pero ya se encargó Manso de que no les hiciera gran provecho á los franceses. Realizado por Mac-Donald, á costa de tantas pérdidas, el abastecimiento de la capital, dejó en Barcelona 6,000 hombres, siempre recelando



—¡Ea! ¿Les parece Vds. que hiciéramos unos cuantos *tutes*?

de Manso; dió orden á Baraguay d'Hilliers para que conservara expeditas las comunicaciones con Francia con los 14,000 hombres de la división del Ampurdán, siempre amenazada por la gente del barón de Eroles, y enderezóse él con 15,000 á Mora de Ebro, cumpliendo al fin lo prometido á Suchet desde el mes de julio.

III

Era una noche de diciembre.

Hallábase Manso en su alojamiento de Molins de Rey, donde tenía su cuartel general la división española del general D. Miguel de Iranzo, destinada á observar el Llobregat. Hablábase del mal aspecto que tomaba lo de Tortosa, á pesar de los brillantes

trunfos alcanzados por el barón de la Barre, que en 17 de octubre anterior había cogido prisionero un batallón entero de napolitanos, no siendo esta la única de sus hazañas, y á pesar de las proezas del teniente coronel Villa, verdaderamente cansado de llevar á cabo inclitas proezas, ora cogiendo las barcas que desde Mequinenza conducian víveres y municiones á Klopicki, encargado del bloqueo de Tortosa, ora apresando los convoyes que iban por tierra con igual destino. Si: lo de Tortosa iba mal, pues se sabía que, por último, había el barón de la

(1) Al morir el general Manso, en 1863, sin que se le hubiese ascendido á la suprema jerarquía militar, que por tantos títulos tenía merecida, pues no pasó de teniente general, siendo el decano de los de su clase, vistiósele, según su expreso mandato, con el uniforme de coronel de su regimiento de cazadores de Cataluña ú Hostalrich.

Barre sido desalojado de Falset, dejando trescientos prisioneros en poder del enemigo, y que en Ulldecona había sido vencido el ejército de Valencia, enviado en socorro de la plaza; por manera que podía darse por formalizado el sitio de Tortosa, reunidos ya Suchet y Mac-Donald.

—Está bien,—dijo Manso;—ya me entenderé yo con Suchet cuando llegue el caso, pues tenemos pendiente cierta deuda. Entretanto, preciso es que hagamos algo para que no crean los gabachos que nos damos por escarmentados.

—Sí: hay que hacer algo,—dijeron algunos oficiales de Numancia, coraceros y húsares de Granada que habían ido á visitarle,—y ya sabe V. que tendremos á mucha honra pelear á sus órdenes.

—¿Que les parecería á Vds. si mañana fuéramos á darles á los franceses de Barcelona una sorpresita que les dejara con un palmo de boca abierta?

—Haremos lo que V. nos mande,—repusieron los oficiales.—Pero ¿qué sorpresa va á ser esa que se propone V.?

—Ya lo verá el que quiera seguirme,—dijo Manso.—Mañana, á las seis, el que tenga ganas de coger unos cuantos prisioneros, no tiene más que hallarse en el puente y seguirme.

—Pues no faltaremos, coronel,—dijeron los oficiales de caballería.

—Como Vds. gusten, señores,—respondió Manso.

Y el valiente jefe, sin decir más, sentóse á una mesa, y, dirigiéndose al dueño de la casa y á dos curas que en un rincón de la sala estaban mirándole con disimulado asombro, exclamó:

—¡Ea! ¿Les parece á Vds. que hiciéramos unos cuantos *tutes*?

Los aludidos se sentaron á la mesa, y el coronel Manso, muy tranquilo, cogió la baraja, dando comienzo con ello á un empeñado partido, en el que, en honor á la verdad, resultó vencedor no él, sino el reverendo cura párroco de Molins de Rey.

IV

A las seis de la mañana en punto, y dos minutos después de haber llegado allí el coronel Manso, era imposible el paso por el puente sobre el Llobregat, obstruido por unos 40 jinetes, lanceros de Numancia, húsares de Granada y coraceros, así oficiales como sargentos, cabos y soldados.

—¡Marchen!—gritó Manso.

El grupo siguió á su jefe y guía, bien fácil de reconocer por su elevada estatura y su gigantesco morrión. El pelotón iba á galope tendido, hasta que al llegar á Sans mandó el coronel que se marchara al paso y tan en silencio como se pudiese.

El pelotón, en vez de continuar por la carretera, pasando por en medio de Sans, se desvió del camino y flanqueó el pueblo por la derecha, hasta que al llegar cerca de la *Cruz Cubierta*, señal del término de Barcelona, y poco menos que al pie de Montjuich, dió la voz de alto.

No había amanecido aún.

Una densa niebla cubría así el campo como la ciudad, impidiendo ver su perspectiva. Era intenso el frío, profundísimo el silencio. La bruma era tan espesa que era imposible ver Montjuich.

A las siete dió Manso la voz de atención, y poco después gritaba:

—¡Valientes españoles! ¡A ellos! ¡Seguidme á donde os guiaré!

El pelotón, obediente á la voz de su jefe, lanzóse camino de Barcelona, resuelto á todo; pero antes de llegar á sus puertas hizo un movimiento retrógrado y cayó sobre la Cruz Cubierta, tropezando allí con un escuadrón de coraceros franceses encargados de proteger el relevo de la guardia de 50 hombres que el enemigo tenía establecido en aquel sitio.

—¡Viva España! ¡Viva Fernando VII!—gritó una voz estentórea.

Era Manso, que, seguido de una docena de lanceros de Numancia, atacaba á los coraceros, peleando él solo contra siete ú ocho, según costumbre, y poniéndoles en breve tiempo en desordenada fuga, mientras el resto del pelotón rodeaba á las guardias entrante y saliente (100 hombres) y les obligaba á rendirse.

—¡Viva Manso!—gritó una voz entre los de Numancia!

—¡Viva!—respondieron todos, mezclándose con sus alegres vítores los de los vecinos, que, advertidos de la novedad, habían acudido presurosos al lugar del suceso.

Ya en esto había salido el sol, desgarrando la túpida gasa que hasta entonces envolviera el campo, y sin duda desde Montjuich y desde el baluarte de San Antonio hubieron de observar lo que pasaba allá abajo, pues bien fácil era ver que un escuadrón de

coraceros emprendía desordenadamente la retirada hacia Barcelona, mientras unos 40 caballos, entre los cuales se distinguían las cenicientas hopalandas de los infantes franceses, encaminábanse hacia San Feliu.

—Montjuich y San Antonio van á tratar de *jeringarnos*,—dijo Manso;—pero ya sé yo cómo se hace para que sus *jeringazos* no den el más mínimo resultado.—Y, en efecto, tan acertadas fueron sus dis-

posiciones que ninguna baja tuvo que lamentar el terrible guerrillero, á pesar del cañoneo con que el castillo de Montjuich y el baluarte de San Antonio saludaban su despedida.

V

La osadía de Manso haciendo prisioneros en las mismas puertas de Barcelona á 100 valientes gra-



—¡Viva España! ¡Viva Fernando VII!—gritó una voz estentórea

naderos que se habían encontrado en Austerlitz y Eylau, hizo rebosar aquella copa de la amargura que le daba de continuo á beber el guerrillero del Llobregat al señor general Mathieu, gobernador de Barcelona. En honor á la verdad, nunca se había acostado tranquilo el señor gobernador; pero desde aquel día no pudo ya conciliar el sueño, sufriendo, si acaso, las más horrosas pesadillas. Aterrorizado Mathieu por el espectro de Manso, tentado estaba cada noche de mirar debajo de la cama, por si acaso no se hubiese ocultado allí el terrible cuanto odiado patriota.

Teníanse dadas las más severas órdenes para que ningún soldado de la guarnición de Barcelona

fuese osado á dar un paso fuera de la muralla: reinaba entre los franceses un terror semejante al que en ciertas épocas suele apoderarse de los vecinos de las capitales, temerosos de no verse asaltados en pleno día por los *atracadores*. No había la menor seguridad. Los guerrilleros de Manso eran capaces de todo.

Desde la famosa sorpresa de la Cruz Cubierta, pues, ordenaba M. Maurice Mathieu practicar prudentes reconocimientos, por si acaso estaba Manso escondido en alguna parte para comerse un par de guardias, llevándose á cabo estos reconocimientos por gruesos pelotones de granaderos.

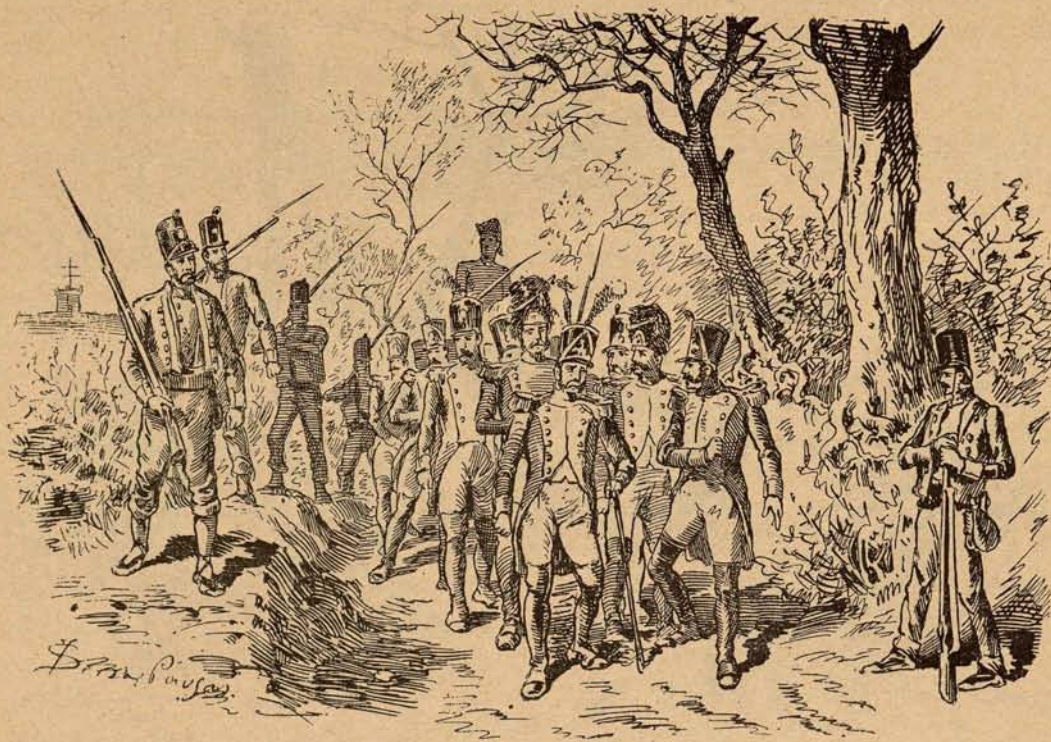
No habían trascurrido ocho días del suceso ante-

riormente relatado, cuando una compañía de granaderos que había salido de descubierta hacia San Pedro Mártir veíase envuelta por los terribles jinetes de Manso y tenía que entregarse por entero.

¡Aquello era ya demasiado! ¡Y cómo ponía el grito en el cielo M. Maurice Mathieu! ¡Y cómo se lamentaba de que resultasen infructuosos todos los medios que, de acuerdo con el señor general Suchet, ponía en juego para apoderarse del aborrecido

capitán de *brigantes*! ¡Oh! ¡Si pudiera un día coger al *meunier*! ¡Ya le arreglaría, ya! ¡El pedazo menor que había de hacer de él sería como un *petit-pois*! ¡Había que escribirle al emperador para ver si acertaba la manera de poder acabar con Manso!

(Y digamos ahora, entre paréntesis, que la idea no era tan descabellada como podía parecer, pues la verdad es que al emperador, aparte de los ingleses, le inquietaban más *el Empecinado*, Mina, Man-



... con aquellos doce valientes... había sorprendido á los centinelas...

so y demás generales *ejusdem furfuris* que los Blakes, Areizagas y Cuestas.)

Acercábase en esto la Noche Buena. Era de esperar que los españoles dejaran por aquella vez de dar ninguna inquietud, y así hubiera sido, á no dudar, á no haber prometido Manso al general Iranzo Martínez que pensaba hacerle un buen presente para conmemorar el aniversario del feliz natalicio del Señor. Vióse que Manso se salía de Molins de Rey por la tarde con algunos cazadores de Cataluña, y ya se tuvo por seguro que haría *alguna de las suyas*; pero nadie se hubiera atrevido á imaginar quiénes eran los prisioneros franceses con quienes se presentó en el pueblo á media noche.

Eran... ¡los centinelas de las puertas de Barcelona!

¡Sí! ¡Manso, con aquellos doce valientes que le habían seguido, había sorprendido á los centinelas y se los había llevado como presente al general Iranzo!

Á pesar de las exquisitas precauciones de M. Maurice Mathieu, la noticia había cundido al punto por todos los ámbitos de la ciudad, festejando en consecuencia los barceloneses tan feliz *Noche Buena* con un jolgorio y alegría cuyo fundamento no era, por cierto, el contento que sentían por la feliz dominación de S. M. I. Napoleón I, pues hay que recordar que, por decreto de 8 de enero de 1810, Cataluña queda-

ba anexionada á Francia, formando un gobierno particular.

VI

Mientras de tal manera mantenía Manso en continua alarma á Barcelona, el grueso del ejército español de Cataluña colocábase delante de Mac-Donald, que, como sabemos, se hallaba en Mora de Ebro cubriendo á Suchet, que había establecido su cuartel general en Cherta. Por desgracia, el alarmante aspecto que había adquirido la enfermedad de O'Donnell, ó sea la herida recibida en La Bisbal, obligóle á embarcarse para Mallorca, haciendo dejación del mando en el general Iranzo, buen militar ciertamente, pero que, por ser de la antigua escuela, no podía servir para el caso.

Á fin de abreviar la reseña de los tristes sucesos ocurridos en el Principado á raíz de lo que llevamos anteriormente narrado, nos contentaremos con decir que, formalizado el 15 de diciembre el sitio de Tortosa, entregóse la plaza el día 2 de enero de 1811, por la traición de su gobernador, el conde de Alacha, aquel caudillo que tanta gloria había justamente conquistado en su admirable retirada de Tu-

dela. Sin duda pechos infames decidieron al anciano general á obrar tan innoblemente como obró, como sin duda pechos valerosos le indujeron á efectuar el movimiento antes citado. Y no se diga que el ataque, por vigoroso y bien dirigido que fuera, le cogiera de sorpresa al señor conde (á quien, habiéndosele degollado en efigie en Tarragona, reabilitó en 1814 el rey *Deseado*), pues desde julio, en que habían comenzado los franceses á intentar el bloqueo, tiempo había tenido para prepararse.

De resultas de la toma de Tortosa no sólo perdimos una de las dos solas plazas fuertes que nos quedaban en Cataluña (la otra era Tarragona), sino que cayeron prisioneros 3,974 hombres, que formaban la guarnición de la vendida ciudad.

Después de esto, y de dejar asegurada su dominación en el país, volvióse Suchet á Zaragoza y enderezóse Mac-Donald á Tarragona, aunque conveniéndose de que era inútil por de pronto pensar en poner sitio á la expresada plaza.

Aquí suspenderemos la narración de lo que ocurría en el Principado para hablar de lo que sucedía en la opuesta parte de España, fiando en que el lector nos permitirá que retrocedamos algo, ya que es imposible referir todas las cosas á un tiempo.





LIBRO UNDÉCIMO

TORRES-VEDRAS

CAPÍTULO PRIMERO

«El Marquesito»

I

EH! ¿Quién dijo miedo, ni qué nos importa á nosotros que Areizaga haya demostrado que, efectivamente, no sirve para nada, ni que el duque del Parque haya flaqueado en la mejor ocasión? Nosotros somos nosotros, y no nos cogerán ni nos derrotarán, ni nos pegarán, sino que les pegaremos. ¡Si está visto que esta guerra no ha de ser de batallas, sino de guerrillas, de sitios, de escaramuzas y de terquedad! Vais á ver cómo todos los que valemos de veras, modestia aparte, nos lucimos. Precisamente ahora es cuando tengo más ganas que nunca de andar á cintarazos. Yo no soy el general-marqués de los Siete Condados: soy el guerrillero Porlier, soy *el Marquesito*, y los otros son Garroyo, un comandante sempiterno; Espinosa, un Kleber que siempre quiere estar á las órdenes de cualquiera. ¡Voto al chápiro, que me cargan á mí tantos butibambas, como dijo D. Ramón de la Cruz! A mí se me da un pito el rey Fernando, se me da un pito la Regencia, se me da un pito el obispo de Orense, se me da un pito José Botellas. Yo lo que quiero es libertar á mi país, demostrar que un pueblo digno puede vencer á la Europa entera, sumida á la abyec-

ción de humillante servidumbre. Después, cuando les hayamos echado de aquí á puntapiés á los gabachos, se verá lo que hay que hacer, se verá si hemos de seguir embabiecados con el inocente rey Fernando y la monarquía neta y absoluta, ó bien si, así como nos hemos libertado de los franchutes, hemos de libertarnos también de las miserias del absolutismo. Entretanto, no pensemos más que en ahuyentar de aquí á los soldados de Bonnet. ¿No venimos de los confines de Aragón? ¿No hemos sembrado el estrago desde Colombres á la Rioja? ¿No hemos alfombrado nuestro camino de cadáveres franceses por do quiera hemos pasado? No solamente Asturias, sino los valles de Pas y de Mena, el condado de Treviño, Alava, Navarra, Santander y Logroño han visto nuestras proezas. Hemos atacado fuera del alcance de todo socorro, sin contar jamás el número de los contrarios, y sin saber á veces entre qué gentes nos encontrábamos. ¿Qué no podremos hacer ahora, guerreando en nuestro propio país? Ha llegado la hora de abandonar estos riscos y arrojarnos sobre el interior del Principado, y de allí no parar hasta la costa. ¡A ellos, mis valientes!

Ya sabéis que con Porlier no podéis ser jamás vencidos. ¡No! ¡El *Marquesito* no ha de morir á manos de ningún extranjero!

.....
 ¡Razón tenías, desdichado! ¡Había de hacerte ahorcar el rey Fernando!

II

Porlier se encontraba, á mediados de enero de 1810, ocupando las faldas de los Puertos Altos, guarida suya predilecta.

Es aquella una comarca de imponente majestad y grandeza. Las gigantescas moles de Ponge, Caso y Amieba parecen, por su desorden y hacinamiento, recordar las luchas de los titanes contra los dioses; un verdadero Ossa sobre Pelión, cubierto de nieves eternas, formado de rocas enormes, y en cuyos altos picos anidan las águilas caudales.

El *Marquesito* tenía su campamento al pie del escarpado y peñascoso puerto de Cubilla. Componíase su gente de 1,000 robustos y sufridos asturianos, valientes, sobrios y honrados como lo son los de aquella tierra, llenos de entusiasmo por la causa de la independencia y adorando todos en Porlier.

Con sus portentosas expediciones hasta tocar en la Rioja, había causado inmensos daños al enemigo, echando á rodar á lo mejor los planes de los generales franceses, sorprendiendo convoyes y haciendo retroceder á las columnas. Temíanle los napoleónicos mil veces más que á los generales, pues lo que no lograban las tropas regulares lo alcanzaba él con sus guerrilleros.

Llegó en esto un emisario, que fué inmediatamente presentado al jefe.

El pliego contenía desagradables noticias: los 6,000 hombres de Bonnet habían pasado el puente de Burón, no sin hacer estragos en sus filas nuestra siempre admirable artillería, y el general Arce, que mandaba en Asturias, había evacuado á Oviedo, acampando á orillas del Nalón.

—¡En marcha!—dijo Porlier.

A los pocos momentos estaban formando los mil y su jefe. A las pocas horas la columna avanzaba hacia el interior de Asturias, rompía el fuego con otra contraria y la dispersaba, y repitióse esto otra vez y otra, haciendo siempre numerosos prisioneros; y, como si cruzara por un país enteramente libre de

enemigos, iba á descansar tranquilamente en Pravia, después de haber dado la vuelta por Gijón y Avilés.

Bonnet había entrado en Oviedo, pero bien castigado, por lo cual no es de extrañar se portara con sobrada rudeza, aunque mitigó después sus rigores.

Por tres veces seguidas hubo de abandonar la ciudad el general francés, cediendo á los ataques de Porlier, Cienfuegos, Bárcena y otros.

En cuanto al general Arce, amilanado por la invasión, dejó el mando y restableció la Junta disuelta por el *golpe de Estado* de Romana. Verdad es que obró así más por necesidad que por virtud, en prueba de lo cual se llevó diez y seis mil duros al marcharse, pretextando que eran sueldos atrasados. Esto ocasionó un verdadero escándalo, pues todos, hacendados y labradores, se quitaban el pan de la boca para auxiliar á los soldados, á veces apurados y en extrema desdicha, y no era aquella la ocasión de llevarse los diez y seis mil duros de su paga el general Arce. Conste así, para poner de relieve el patriotismo del general Arce.

Nombróse en lugar suyo al general D. José Cienfuegos, natural de la provincia, siguiendo los combates con varia suerte.

III

Porlier estaba muy incomodado con la Junta de Galicia.

—¿Qué hacen esos señores,—exclamaba,—que, sin tener un enemigo en todo su reino, no nos dan la mano? ¡Pardiez, que son harto pacatos y tranquilos los junteros de Romana! Pero ¿cómo es posible entendernos con tanto general como se mete en todo? Verdad es que nos han mandado 2,000 gallegos... que les estorbaban. ¿Si en lugar de venir á ayudarnos será menester que vayamos allí á poner orden? Cada día un alboroto, y ¿por qué? Por cobrar las pagas atrasadas. Lo del Ferrol ha sido escandaloso. ¡Matar al pobre comandante del arsenal, á ese excelente Vargas, pretextando que querían cobrar los sueldos de la maestranza que se les debían! Así no se hace nada. Les parece que, porque no tienen los franceses allí dentro, ya no hay franceses en ninguna parte. En fin, otra vez al santuario. Vámonos á Covadonga, y no tardaremos en bajar de nuevo á la tierra llana.

Dirigiéronse, pues, á aquella montaña elevadísima, fragosa, inaccesible, cubierta de bosques y segura, donde permanecieron hasta la primavera.

IV

A veces solían bajar hasta los valles algunos oficiales ó los mozos de los caseríos cercanos.

Algún interés tendría en llegarse hasta Onís aquel ayudante del *Marquesito* que conocemos ya, al pedirle permiso á su jefe para ir al pueblo.

Porlier le concedió al punto lo que quería sin preguntarle el motivo.

Era una fresca mañana de abril, poblada de aromas y armonías.

El mancebo fué bajando, siguió el curso del Sella, y al mediodía llegó á una humilde casita situada en el fondo de un angosto y frondoso valle y contigua al río.

El suelo estaba cubierto en toda su extensión de verde yerba, en que pacían varias cabras y cabritillas. Junto á la casa desplegaban su oscuro ramaje nogales y castaños. Plantíos de manzanos ocupaban el recuesto de las colinas, y á su pie cimbreábanse las doradas cabelleras de los maizales.

El Sella reflejaba el paisaje en sus cristalinas aguas, que corrían blandamente y centelleaban como brillantes á los rayos del sol espléndido que bañaba todo el paisaje.

No lejos de la casa había un carro de bueyes, sobre el cual cacareaban varias gallinas, y, echados ante la puerta, un perrillo y un gato se miraban amistosamente, disfrutando del tibio calor del mediodía.

Al aparecer el militar en lo alto de la colina frontera á la fachada de la casa, ladró alegremente el perro, y el gato meneó la cola, cual si reconocieran al pasajero.

No tardó en aparecer una joven en la ventana que daba vistas á la colina, retirándose al punto al ver al mozo, y saliendo de la casa para correr hacia él.

El militar se adelantó también á su encuentro, y al poco tiempo los dos jóvenes llegaban á la alquería.

Una anciana estaba esperándoles junto á la puerta.

—¡Bendita sea la Virgen, que aquí te ha traído, Ramón!—dijo la pobre mujer enjugándose las lágrimas.—¿Te lo contó todo Francisco?

—Sí, Catalina,—respondió Ramón.—Cuando supe que Teresa estaba herida, no sosegué ni dormí en quince días; pero, á Dios gracias, veo que está ya enteramente restablecida.

—No me siento ya de nada,—contestó la joven.—Fué más el susto que otra cosa.

—Conque ¿quien te dió el sablazo en la cabeza fué un oficial de húsares?

—Sí. Yo no entendí bien lo que decía: parecía que estuviese loco. Habían pasado por el valle varios fugitivos de la división gallega, y los húsares entraron aquí, registrándolo todo. Iban á penetrar en el cuarto donde tenemos escondidas las armas que *el Marquesito* mandó dejar allí para que se las llevaran los que fuesen á alistarse con él, cuando me interpusé y le pedí de rodillas al oficial que no diese un paso más, temerosa de que, descubriendo el depósito de fusiles, no cometiese con nosotras algún atropello; pero, en lugar de atender á mis ruegos, me rechazó bruscamente, y, hecho una furia, descargó sobre mí aquel golpe que me hizo perder el conocimiento.

—Luego,—siguió diciendo la madre,—entraron en el cuarto, y, al ver las armas y municiones que allí había, empezaron á amenazarnos de muerte. Teresa yacía desmayada, corriéndole la sangre por la cara y las espaldas, y ya estaba rezando yo el acto de contrición, cuando entró otro oficial, miró á Teresa, y empezó á echarle una gritería al que la había herido. Me pidió que le perdonase á aquel bárbaro porque estaba loco, y al despedirse manifestó que su nombre era éste, y que acudiésemos á él ó nos valiésemos de sus señas si otra vez nos sucedía algo. Ahí tienes lo que puso en este papel, escrito de su puño y letra.

V

Ramón leyó en una tarjeta este nombre: *Octavio de Soligny, comandante del primer regimiento de húsares de la Guardia.*

—¡Extraño caso! Y ¿no le conocíais de antes?

—Para nada le conocíamos. Después mandó muchos días á un oficial para enterarse de cómo me encontraba. Parece que el comandante tiene un grande amigo á quien una española le salvó la vida, y sin duda por eso había querido librarme de las garras de aquel energúmeno.

—¿Es joven el comandante?—exclamó Ramón, de mal humor.

—Sí: tendrá unos treinta ó treinta y dos años. Pero ¿eso qué importa?—respondió Catalina, saliendo de la habitación para atender á sus quehaceres.

—¿Y ese ayudante que viene?—repuso el guerrillero dirigiéndose á la niña.

—También es joven,—contestó Teresa con ingenuidad.

—¿Y ha de volver?

—Dejó de venir así que empezó á cicatrizar la herida; pero no parece sino que te haya puesto de mal talante la noticia. ¿Te habrán dado celos?

—¿Yo? ¿Cómo quieres que pueda dudar de ti, y menos tratándose de franceses?

—¡Claro está! ¿Estoy yo celosa acaso de las francesas?

—¿Cómo de las francesas?

—Naturalmente. ¿Qué le hicisteis los de Porlier á una señora que iba de Madrid á Francia no hace mucho, y á la cual detuvisteis, queriendo cometer con ella mil ultrajes?

—¡Miente la bellaca que tal diga!—exclamó indignado Ramón.—¿Nosotros faltar al respeto á una mujer? Sólo el creer eso es una injuria.

—Una señora que dicen ser morenita, graciosa, muy elegante, y que está ahora en Oviedo con uno de los generales franceses, le contó al señor obispo que los soldados de Porlier la habían insultado, y que su ayudante...

—¡Ah, pardiez! Es una espía, á la cual detuvimos, es cierto. Una mala mujer á quien Garroyo y el *Marquesito*, que la conocían de Hamburgo, llamaban la Juanita. ¿Y está en Oviedo ahora?

—Sí: está casada con un general.

—¿Casada?

—¿De qué te asombras? Parecen marido y mujer.

—¡Ah! Y ¿cómo sabes tú todo eso?

—Lo sé por el oficial que venía á preguntar por mí.

—Pues son cosas que hubiera podido muy bien excusarse de decirte.

—¿Vas á reñirme por eso, Ramoncito?—exclamó zalameramente Teresa.

—No me hace mucha gracia: lo confieso.

—Será que eres más desconfiado de lo que merezco.

—¡Pero si me pones en el caso de serlo!

—Calla. Me estás atormentando, Ramón. Si tan poca confianza tienes en dejarme sola, hay un medio muy sencillo de remediarlo, y es irme yo contigo.

—¡Qué locura!

—Otras van. El brigadier Espinosa está sitiado en Astorga con su mujer. Cuando la señora supo que los franceses iban otra vez á poner asedio á la plaza y que en ella estaba su marido, faltóle tiempo para irse allá, á pesar de que se encontraba en Villafranca del Bierzo. ¡Si supieras cuántas veces me han dado tentaciones de disfrazarme de hombre y juntarme contigo sin que lo supieras!

—¡Teresa mía!—exclamó cariñosamente Ramón.

—Y lo hare el día menos pensado.

—Vaya: no seas loca,—replicó Ramón.—¿Tú sabes lo qué es ir con Porlier? Pues ir con Porlier es ir con el diablo. No se anda: se vuela; no se tira: se aplasta; no se pelea: se mata. Es lo más bello y lo más penoso, lo más audaz y lo más independiente: el valor y la astucia hasta el último límite de la temeridad. Desde lo más alto de Covadonga nos arrojan á la tierra llana. Hoy, emboscados en los cerros que dominan una carretera; mañana, dispersos y escondidos en las cuevas; una vez abriéndonos paso cuchillo en mano entre las filas francesas; otras, debiendo escapar á uña de caballo. ¡Oh Teresa mía! Por fuerte y brava que seas, no es para ti esta vida de las guerrillas. Ves pasar á un pelotón que va al descuido, y, sin vacilar, sin sentir compasión, hay que matarlos á tiros. En lo más intrincado de la sierra está nuestro descanso: para nosotros no existen villas ni poblados. Somos el exterminio, la venganza, el pueblo que se defiende y que ofende como puede, la ira en armas, la venganza exterminadora. Para nosotros no se han hecho los grados, ni los oropeles ni las condecoraciones. Cada uno va á la partida llevando un mortal agravio de que tomar sangriento desquite: somos hombres que han visto ora sucumbir á sus esposas, ora deshonoradas sus hijas por la soldadesca, ora atravesados á bayonetazos los tiernos hijos de sus entrañas, ora arcabuceados sus padres, ora quemadas sus haciendas, ora robado su caudal. No hay allí soldados: cada uno es un vengador de lo suyo. No se espera la voz de mando para obedecer, sino que la voz de mando es la que liberta el mal comprimido furor de sangre y devastación. Ya ves tú, Teresa, cómo no puedes venir con nosotros.

—Pero si vosotros hacéis todo eso, á lo menos experimentáis en ello la satisfacción de dar días de gloria á la patria y cobro á vuestra venganza. Yo, aquí, no hago más que sufrir y temer, pensar siempre en ti y recelar de continuo que una bala enemiga no me robe tu vida, que es la de tu pobre Teresa.

—Nada temas: no he de morir yo de ninguna bala francesa. Mas, calla: oigo como si se acercaran caballos. ¿Qué será?

VI

Aproximóse á la ventana y vió una escolta de caballería enemiga que atravesaba el valle acompañando á un carruaje.

—Será algún francés que irá á embarcarse en Santander,—dijo la joven.—Por cierto que está intransitable la carretera.

—Si fuese algún francés no iría en silla de posta, sino á caballo, á menos de estar enfermo.

Pronto salieron de dudas, porque el carruaje se detuvo delante de la casa.

Ramón vió, con asombro, bajar de la silla á su antigua víctima, á Juana, vestida según la última moda de París.

Comprendió entonces que, temerosos los franceses de una nueva entrada de los españoles en Oviedo, alejaban de allí á los que les parecía que podían correr peligro.

Santander estaba en poder suyo, no siendo fácil una sorpresa, y allí debía ir seguramente á guarecerse Juanilla.

Ocultóse el joven, y al poco rato oyó la voz de Juana, que se había instalado en un viejo sillón de la cocina, muerta de frío.

—¿Se le ofrece algo á la señora?—decía Teresa.

—Nada. Gracias. Estoy bien aquí cerca del fuego. ¡Qué frío hace en esas montañas!

—Mucho, señora. Este invierno ha sido, sobre todo, muy crudo, y no es extraño que aun se sienta algo el rigor de las nevadas que han caído. Los pobres soldados han padecido mucho.

—Sí han padecido; pero parece que sufren esas calamidades horribles con gusto. Más dignos de lástima son esos desdichados franceses, que tienen que aguantarlo todo porque así se lo mandan; pero ya darán cuenta de esos atrevidos insurgentes que aun quieren resistir.

—¿Sois española, señora, ó sois francesa?

—¡Extraña pregunta! Pues ¿cómo hablo?

—Ya advierto que habláis en español; pero como parece que compadeceís más á los franceses que á los españoles, á pesar de llevaros presa...

—¿Yo presa?—exclamó Juana levantándose, como si le hubiesen recordado algún espantoso suceso.—¿Yo presa? Y ¿quién os ha dicho á vos que á mí me llevan presa?

—Perdonad, señora,—contestó Juana sobreco-gida.—Lo había creído así al veros rodeada de caballería.

—Es la escolta que me acompaña. Soy la esposa del general Delincourt. A pesar de ser yo española, siempre que he de viajar llevo escolta francesa para que no tenga que lamentar de nuevo algún brutal ultraje de las partidas, y en especial de la del *Marquesito*, que vaga por esta comarca.

—¿Os hicieron algo, señora?

—¿Que si me hicieron? Y á propósito: ¿cómo os llamáis? Podría ser que me conviniera saberlo.

—Me llamo Teresa de Salas, señora.

—Precisamente. ¿No tenéis un novio que se llama Ramón de Pravia y es ayudante de Porlier?

—¿Cómo sabéis todo eso, señora? Es la verdad. Pero decidme vos también: ¿os llamáis D.^a Juana?

—Sí: Juana me llamo. ¿Cómo lo sabéis vos?

—Tal vez por la misma persona por quien sé vuestra historia.

—¿Y os contó la mía?

—No, ciertamente; pero la sé por otro.

—¿Por quién la sabéis? ¿Quién es el que puede atreverse á hablar de mí?

—Señora, alguien me la contaría.

—¡Insolente! ¿Te atreves á burlarte de mí?

—Señora, en nada os he faltado.

—Ya verás lo que te pasa ahora.

—Señora, mirad...

—Nada miro. Ahora mismo vas á quedar presa para ser conducida á Oviedo, donde mi marido se encargará de castigar tu desvergüenza.

—Despacito, Juanilla,—dijo á este punto Ramón, saliendo de su escondite.

VII

Juana sintió como si le hubiese caído un rayo en su cabeza.

—Vais en seguida á dar orden á vuestra escolta para que retroceda á Oviedo, quedándoos tan sólo con dos soldados, que os acompañarán á Santander á pie, dejando aquí los caballos. Supongo que no tendré que haceros presente lo mucho que os conviene cumplir al pie de la letra lo que os prevengo, pues no me he de separar un momento de vuestro alcance. Teresa: manda á uno de los lanceros que se presente á recibir órdenes.

Salió Teresa, y, dirigiéndose á Juana, exclamó Ramón:

—¡Te va la vida si llegan á tocar un solo cabello de esa niña! Y anda con cuidado en lo que hagas, porque me verás á tu lado cuando menos te lo figures. Ella quedará aquí, y, si jamás se atreve un francés á faltarle en lo más mínimo, lo pagarás cruelmente, aunque estés escondida en el mismo corazón de Francia. No te andes en bromas conmigo: tengo prisionero á tu adorado chulo.

—¡Diego tu prisionero!—exclamó con espanto Juanilla.—¡Di que quieres que haga, pero no lo mates!

Escondióse otra vez Ramón al oír que subía Teresa, seguida de un lancero, pero sin perder de vista á la traidora.

—Sargento,—oyó que decía Juana al jefe de la escolta;—los caminos están seguros y os volveréis á Oviedo. Dejadme sólo dos hombres, y que me acompañen desmontados.

—Está bien, señora. ¿Qué he de decirle al general?

—Decidle que estoy bien, y que ya recibirá noticias mías de Santander.

—Señora, así lo diré.

No habían trascurrido cinco minutos cuando se oía el galopar del piquete, que emprendía la vuelta de Oviedo.

Quedaron dos hombres con sus caballos frente á la casa.

—Decidles que dejen los caballos aquí y marchaos todos al punto,—dijo Ramón.

Juana abrió la ventana y dió orden.

Luego bajó las escaleras, seguida de Ramón.

—Cuidado con lo que se hace,—le dijo el ayudante,—y por vuestro propio bien os encargo que jamás os dé la idea de atentar contra esa joven.

—Estad tranquilo,—contestó Juana.—No parece sino que el infierno protege á todos los que sois ami-

gos de Espinosa; pero juradme que no le haréis nada á Diego.

—Eso depende de cómo os portéis vos,—respondió rudamente el joven.

Ramón vió cómo Juana subía al coche, seguida de los dos lanceros á pie, y encaminóse luego á lo alto de la loma hasta que se perdió de vista el carruaje.

—¡Ramón!—exclamó Teresa.—¿Esa era...?

—Esa.

—¡Oh qué hermosa es!

—¡Bah! Una *flamenca*.

—Y ¿qué vamos á hacer ahora?

—Nada. Ningún cuidado tengas. Va bien advertida y sabe que tengo malas burlas.

—Ella escribirá en seguida lo que la has hecho, se lo dirá á los lanceros que la acompañan, y, al volver, ¡pobres de nosotras!

—Te repito que no temas nada. Esa gitana está encaprichada como una boba de un perdido de Madrid que servía en la guardia real de Pepe Botella, uno de esos que llaman *jurados* en vez de llamarles *perjuros*. Yo le cogí cuando entramos el mes pasado en Valladolid, y desde entonces puedo considerarme dueño de hacer lo que quiera con Juanita. ¡Ay de su amante si llegan á tocarle nada! ¡Y ay de ella también!

—Fortuna ha sido que te encontraras tú aquí.

—No por eso precisamente, sino porque he podido saber qué infamias pueden cometer nuestros enemigos queriendo robarme tu amor.

—Pero ¿tú crees que yo podría dejar de amarte por nada del mundo?

—Si me amases tanto como yo te quiero, no, ciertamente.

—Sin embargo, me habían dicho que habías galanteado mucho á esa mujer, y que, arrebatado por tu amor, la habías inferido imperdonable ultraje.

—¡Qué bobada! Era botín de guerra. ¿Cómo agraviar en su honor al que no lo tiene?

—Es hermosísima. ¡Qué ojazos tiene! ¡Qué elegante y graciosa es!

—Pero ¿no son mil veces más hermosas tus trenzas de oro y tus ojos azules como el cielo? ¿No son tu blancura de lirio y tu talle de palmera mil veces más encantadores que su cara llena de polvos y su cuerpo de culebra? ¡Oh Teresa mía! ¿No te llaman todos la rosa del valle de Onís?

—No me alabes tanto, Ramón mío. Pero, aunque

fuese más bella de lo que dices, aun lo sería poco para merecer que me quisiera el bravo de entre los bravos de la partida del *Marquesito*.

—Porlier tiene buen gusto en todo y le agrada que sus soldados sean enamorados, pero que se fijen en muchachas que sean más bonitas que las otras. Si mi novia hubiese sido una niña menos preciosa que tú, *el Marquesito* me hubiera echado alguna pulla de las que él sabe. Te quiero, pues, no sólo por inclinación natural, sino por obligación también. ¿Puedes estar más segura de mí, ni más tranquila?

VIII

El sol iba declinando, penetrando horizontalmente sus rayos por la ventana, é iluminando con su tenue luz una imagen de la Virgen de Covadonga, ante la cual ardía una lamparilla pendiente del techo.

Teresa se arrodilló ante la efigie divina, y á su lado Ramón. Eran dos seres llenos de fe. Oraban los dos fervorosamente, y duró largo rato la plegaria.

Levantáronse, y Ramón se despidió de Catalina.

Teresa le acompañó hasta la puerta, y le puso, al despedirse, un escapulario de la Virgen que en aquel valle se venera.

—¡Adiós, Teresa!—exclamó Ramón.—Me voy con más confianza que nunca. Sé que la Virgen me protege y que tú me quieres. Con esto tengo bastante para no temer á todos los ejércitos de Napoleón uno por uno y reunidos. Adiós.

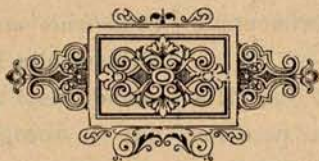
Teresa, enjugándose las lágrimas, quedó mirando al joven hasta que éste se perdió de vista en la espesura de los castaños.

La pobre niña quería con toda su alma al gallardo ayudante, que cuando conoció á Teresa era un apuesto estudiante de leyes. Ramón dejó las aulas de Salamanca para alistarse de los primeros en la partida del *Marquesito*, y había figurado mucho en la célebre hazaña de Aguilar de Campoo, cuando Porlier atacó desde el campanario el cuartel en que estaban fortificados los franceses con dos cañones, arrojándoles grandes piedras que derribaron el tejado, y haciéndoles prisioneros á todos.

Teresa era una de las más hermosas jóvenes del principado, y á la par tan rica como bella. Muchos partidos había despreciado para entregar por entero su corazón al bravo militar. Porlier la conocía, y había acabado por hacerla enamorar más todavía de Ramón contándole las proezas de su ayudante, que en esta parte era mudo siempre.

La joven quedó tranquila con las seguridades que la había dado Ramón.

En cuanto á Juana, siguió su camino á Santander sin osar abrir la boca, temiendo que se apareciese á lo mejor el diabólico ayudante, destinado, á lo que parecía, á darle los mayores disgustos que le podían pasar. No habló, pues, absolutamente de nada de lo ocurrido, y los lanceros se volvieron creyendo que D.^a Juanita se había vuelto más valerosa que *Chimène*, como dicen en el *Cid* del buen Corneille.



CAPITULO II

¡Yo no capitulo!

I

EL emperador no había dado gran importancia á la expedición de su hermano á Andalucía, fijo siempre en su idea de detener ante todo á los ingleses. Para que sus planes se cumpliesen con todo rigor, y no pudiendo venir él en persona, envió á España á su fiel Berthier. No parece sino que por una suerte de intuición sentía un instintivo terror hacia Wellington.

Proyectó, pues, y decretó, una formidable expedición á Portugal. Empero, para llevarla á cabo, necesitábase, ante todo, apoderarse de Astorga, como llave que es de la entrada de Galicia. Las tropas francesas que se hubiesen enviado á Portugal no habrían podido pasar, detenidas por aquella plaza; y aun, franqueándola, siempre resultaba que se dejaba atrás una ciudad enemiga, si no fuerte, armada.

Creyó, pues, que ante todo había que apoderarse de Astorga, donde tal revés había experimentado Marchand cuatro meses antes.

Mandaba, como entonces, la plaza D. José María de Santocildes, asistido de Espinosa; pero los franceses, en mayor número que la primera vez, iban á las órdenes del general Loison. Los sitiados eran 2,800, y 9,000 los sitiadores, con piezas de campaña.

Ciudad antigua y sin condición alguna de plaza de guerra, servíale tan sólo de defensa, como antes

dijimos, un viejo muro flanqueado de medios torreones.

Facilitaban el acceso á la ciudad tres arrabales, harto fáciles de tomar.

Habíanse, con todo, hecho algunas obras, fortificando principalmente el arrabal de Reitibia, con fosos, estacadas, cortaduras y trampas de lobo.

Para auxiliar á la corta guarnición de la plaza habíanse organizado cuadrillas de paisanos. Sentíase, empero, la falta de municiones; los cañones eran de pequeño calibre, y los víveres escasos. Sólo era grande é imponderable el entusiasmo, tanto de las tropas como del paisanaje.

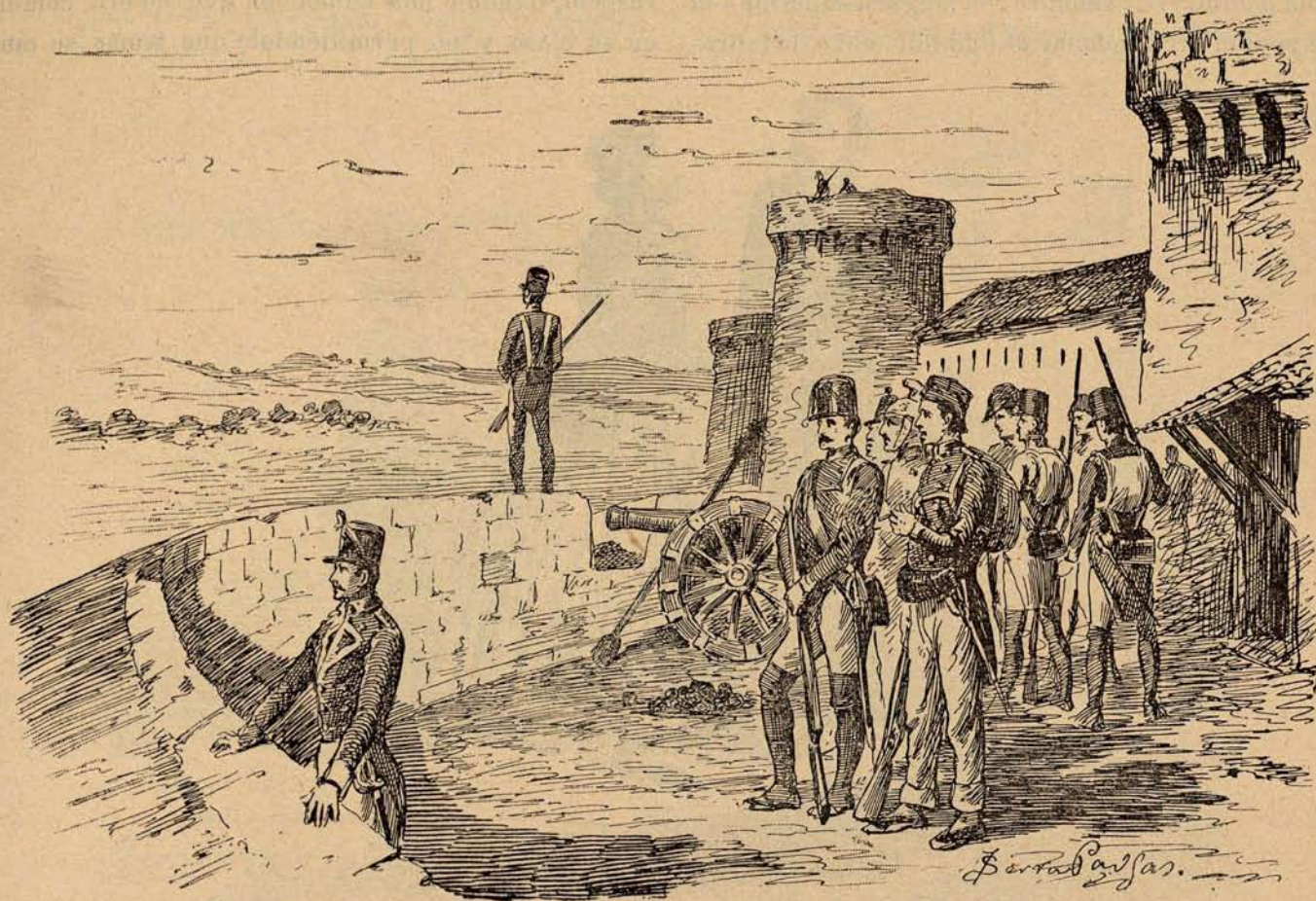
Estrella había permanecido allí mientras Espinosa estaba en Tamames y Medina del Campo; pero había tenido que ponerse en camino para Villafranca á primeros de año, llamada por una tía suya, que había manifestado tenerle que revelar un secreto *in articulo mortis*. Era aquella parienta que había buscado ella inútilmente en Villafranca del Bierzo cuando dejó á Benavente con su hermanito, para que los recogiese, después del fusilamiento de su madre.

II

La huérfana había llegado á tiempo para saber que los pobres labradores que le habían servido de padres no se lo eran, sino que debía su nacimiento

á una señora de Salamanca que había entrado en el claustro y á un magistrado de cierto tribunal de las órdenes llamado D. Juan Osorio. Manifestóle la moribunda que D. Juan tenía otra hija, llamada Aurora, que había huído con un oficial francés, y que el padre había muerto del disgusto que le causó tal pro-

ceder, desheredando á la fugitiva y reconociendo por hija á Estrella, á la cual tocaba la mitad de su fortuna, correspondiendo la restante á otro hijo suyo llamado Enrique. Respecto á la madre, era la condesa de M***, con la cual había contraído relaciones D. Juan cuando quedó viudo, siendo ella soltera;



... un viejo muro flanqueado de medios torreones

pero, habiendo amenazado el hermano de la condesa con asesinar á D. Juan si continuaban las relaciones, la condesa había resuelto tomar el velo para librarle de aquel peligro y no verse expuesta á tener que escuchar proposiciones para otros enlaces. Explicóla que su nacimiento había quedado ignorado y que había sido en Astorga, confiándola al honrado labrador Ramón de Orrantía y á su mujer; que D. Juan les había asistido siempre con liberalidad, habiendo cuidado se la diese buena educación, como tenía; que la había buscado inútilmente cuando supo la muerte de la viuda; que ella tampoco había sabido hasta hacía pocos días su paradero, pues había estado ausente de aquella provincia muchos

meses, por habérsela llevado los franceses á Salamanca, de donde había regresado la semana antes, sabiendo entonces que Estrella era la esposa del brigadier Espinosa. Por último, le manifestó que todo lo que le había dicho lo hacía por cumplir con la voluntad de su hermano, que se lo había confiado antes de morir, encargando no desamparase á Estrella, cosa que no había podido hacer por el motivo dicho, y que las últimas noticias las había adquirido ella misma en Salamanca, cuando fué á ver á D. Juan durante su enfermedad, el cual D. Juan, al morir, había dejado encargado á su hijo que mirase á Estrella con todo el cariño de un hermano y no parase hasta encontrarla.

III

Absorta había quedado Estrella al oír tales noticias, anhelando antes que nada ir á ver á su madre para oírse llamar hija de sus propios labios, é impaciente no menos por conocer á su hermano. Entonces comprendió cómo aquella que creía su familia había podido vivir siempre con holgura superior á la que podían proporcionar el humilde oficio de labra-

dor que ejercía el buen Ramón de Orrantía y el de hilandera á que se dedicaba su esposa. Vino también en conocimiento del significado de algunas palabras en que ella nunca se había fijado, y hasta aquel momento no acertó á comprender que en realidad de verdad los labradores la habían tratado siempre, si con infinito cariño, no menos también con evidente respeto, dándole una educación que no era común en su clase y no permitiéndole que jamás se em-



... ¿por qué ha de rendirse Astorga?—exclamó la joven, llena de amor patrio

pleara en ninguna ruda faena. Recordó los cuentos de hijas de reyes que contaba la pobre hilandera, que de simples pastoras se veían de repente elevadas á los más excelsos tronos, y recordaba que, al referirle aquellas extraordinarias aventuras de infantas y reinas perseguidas, concluía siempre diciendo: «—Y ¿quién sabe si Estrellita no será también una princesita encantada?»

En cuanto á los motivos de no haberla reconocido antes su padre, creía que le había tal vez movido á obrar así el temor de dar á conocer á Aurora el secreto de sus relaciones con otra mujer que con su madre. Hasta recordaba vagamente que en su niñez iba á veces á verla un señor de bondadoso aspecto, y que ella había estado también alguna vez

en Salamanca, en un gran caserón, donde había visto á aquel mismo caballero postrado en una silla de brazos, inmóvil y como paralizado; pero era un recuerdo tan confuso y databa de tantos años que de ningún pormenor tenía memoria más que de un gran portalón en la entrada y una sala llena de libros.

Mientras se disponía á ir á Salamanca, llegó á su noticia que los franceses se movían hacia Astorga para ponerla sitio otra vez, y, en vez de dirigirse en busca de su madre, creyó de su deber, antes que nada, ir á reunirse con el hombre que adoraba tanto.

Sorprendido quedó Espinosa al saber tales noticias, y no creyó deber empañar la alegría de Estre-

lla diciéndole que el marido de Aurora era el matador de su fiel ayudante Villanueva. Unicamente, estrechándola con frenesí contra su pecho, exclamó:

—¿Hubieras tú querido nunca á un francés?

—¿Eso me preguntas?—exclamó ella.—¡Aunque fuese el más noble y más bueno de los hombres, creería que insultaba á mi patria dando mi corazón

á un enemigo de ella! ¡Mira si te amo: pues si mañana, Dios no lo quiera, te pasaras tú á los franceses, te aborrecería con igual exaltación con que te idolatro!

—¡Así me has de querer. Estrella!—contestó Espinosa, abrazándola más estrechamente aún.—Pero hay mujeres que no son como tú.

—Y ¿qué me importa á mí esa hermana que tengo?



... cruzándose un vivo tiroteo entre los nuestros y las guerrillas francesas

Nada siento por ella; pero, en cambio, tengo un hermano que sirve en la partida de D. Julián Sánchez, y á ese quiero, y para verle es por lo que siento una impaciencia que no podría contener si no me encontrara también presa aquí, donde me sujeta tu amor.

—¿Tu hermano está con D. Julián Sánchez?

—Sí.

—Entonces pronto podrá revelar que corre tu misma sangre leal y valiente por sus venas. D. Julián Sánchez combate por las cercanías de Ciudad Rodrigo, y los franceses habrán de poner sitio á aquella plaza para poder ir á Portugal, ó ahora ó cuando se haya rendido Astorga.

—¡Rendirse Astorga!

—Por triste que sea confesarlo, no tendremos otro

remedio; pero nosotros dos no nos rendiremos. ¡Oh, no! Antes que firmar la capitulación me cortaría la mano. Me abriré paso, y si muero me podrás llorar como á un valiente, y, si me salvo, pronto podrás reunirte conmigo, pues será para dirigirme á la partida de D. Julián ó á Ciudad Rodrigo.

—Pero ¿por qué ha de rendirse Astorga?—exclamó la joven, llena de amor patrio.

—No tenemos municiones,—contestó Espinosa.—Nadie puede socorrernos, y nuestros ejércitos están deshechos desde Ocaña y Alba de Tormes. Ellos, en cambio, son 80,000. Si no bastan los 9,000 hombres de Loison, vendrán otros: Ney, Kellermann, Massena, ¡quién sabe! Sólo nos podría socorrer Mahy, y éste no podrá porque se lo impedirá desde

Asturias Bonnet, y desde la frontera de Galicia el mariscal Junot. Haremos una defensa que nada desdiga de Zaragoza ni Gerona, pero no podremos hacer más. Esta es la verdad. Te lo digo á ti, pero no se lo diría á nadie más. El valiente Santocildes lo sabe tan bien como yo, pero se defenderá como quien es. El honor quedará tan alto, que este sitio habrá de ponerse al lado de los demás que han merecido llamarse heroicos.

IV

En aquel momento Espinosa recibió un pliego para que hiciera una salida hasta las orillas del Orbiga con objeto de ir á requisar víveres para la plaza.

El brigadier montó á caballo, hizo la excursión con feliz éxito, y volvió con abundante repuesto de provisiones.

El 16 de febrero de 1810 Loison intimó á la plaza que se rindiera á discreción, contestándole Santocildes con una enérgica y patriótica negativa, que dió por resultado que el enemigo se alejara de la plaza, dejando únicamente algunas fuerzas para mantener el bloqueo.

Diariamente hacíanse salidas, cruzándose un vivo tiroteo entre los nuestros y las guerrillas francesas.

—¿Y Mahy? ¿Por qué no viene á socorrernos?— exclamaban los valientes sitiados.—Estando en el Vierzo como está, bien podría acudir en nuestro auxilio.

Pero Mahy no podía acudir por impedírselo los franceses, que se habían interpuesto entre sus fuerzas y los defensores de Astorga en crecido número.

Así pasaron muchos días, hasta que el 21 de marzo se formalizó otra vez el sitio.

V

Había quedado encargado de someter á Astorga el mariscal Junot, con el 8.º cuerpo de ejército.

El duque de Abrantes (francés) empezó por mandar un pliego á Santocildes ofreciéndole ventajosas condiciones si accedía á rendirse; pero el dignísimo gobernador no sólo no accedió á lo que le proponía Junot, sino que ni siquiera quiso leer ni recibir el pliego, en virtud de lo cual, irritado el contrario, comenzó con febril actividad los trabajos de aporche.

Escaseaba, como hemos dicho, la artillería, y eran de poco calibre las piezas existentes; escaseaban no menos las municiones; pero latía el entusiasmo en todos los pechos. Niños y ancianos, hombres y mujeres, desafiaban llenos de ardimiento las amenazas del sitiador.

Nada adelantaba Junot; habían pasado cinco días sin haber podido avanzar un solo paso. El 26 fué rechazada una tentativa de asalto sobre el arrabal de Reitibia, causando grandes pérdidas los sitiados, y distinguiéndose por su valor temerario un sexagenario regidor llamado el licenciado Costilla, que fué el alma de aquel sitio.

—¡Astorga no se rinde!— gritaba desde la muralla.
—¡Tiene ante sí el ejemplo de Numancia!

El licenciado había hecho prodigios de puntería, hasta el punto de inspirar terror á los franceses aquella blanca barba, que asomaba á la muralla para enviar cada vez un hombre al otro mundo.

Por fin el 19 de abril quedó terminada la batería de brecha.

Al siguiente día rompieron los enemigos un nutrido fuego con el tren de batir, compuesto de obuses y cañones de grueso calibre, y consiguieron abrir un portillo en el muro contiguo á la puerta de Hierro, lloviendo al mismo tiempo granadas sobre la ciudad.

De pronto tocaron á rebato las campanas.

Era la Catedral, que ardía, juntamente con las casas contiguas.

Nadie cejó en su puesto, sin embargo. La defensa se hacía con una serenidad y denuedo admirables, con un orden y puntualidad que asombraban.

Irritado Junot, intimó por segunda vez la rendición. Hacía setenta días que duraba aquel sitio contra una ciudad sin murallas dignas de este nombre, ni artillería ni municiones. El mariscal amenazaba con pasar á cuchillo la guarnición y los moradores en caso de no entregarse.

Desechóse de nuevo al parlamentario y rompióse el fuego con más vigor todavía que antes.

Los enemigos daban el asalto por la brecha de la puerta de Hierro y por el arrabal de Reitibia á un mismo tiempo.

Duró el ataque todo el día, sin cesar un solo momento, desde la madrugada hasta después de anochecer.

Los franceses no habían podido penetrar ni por la

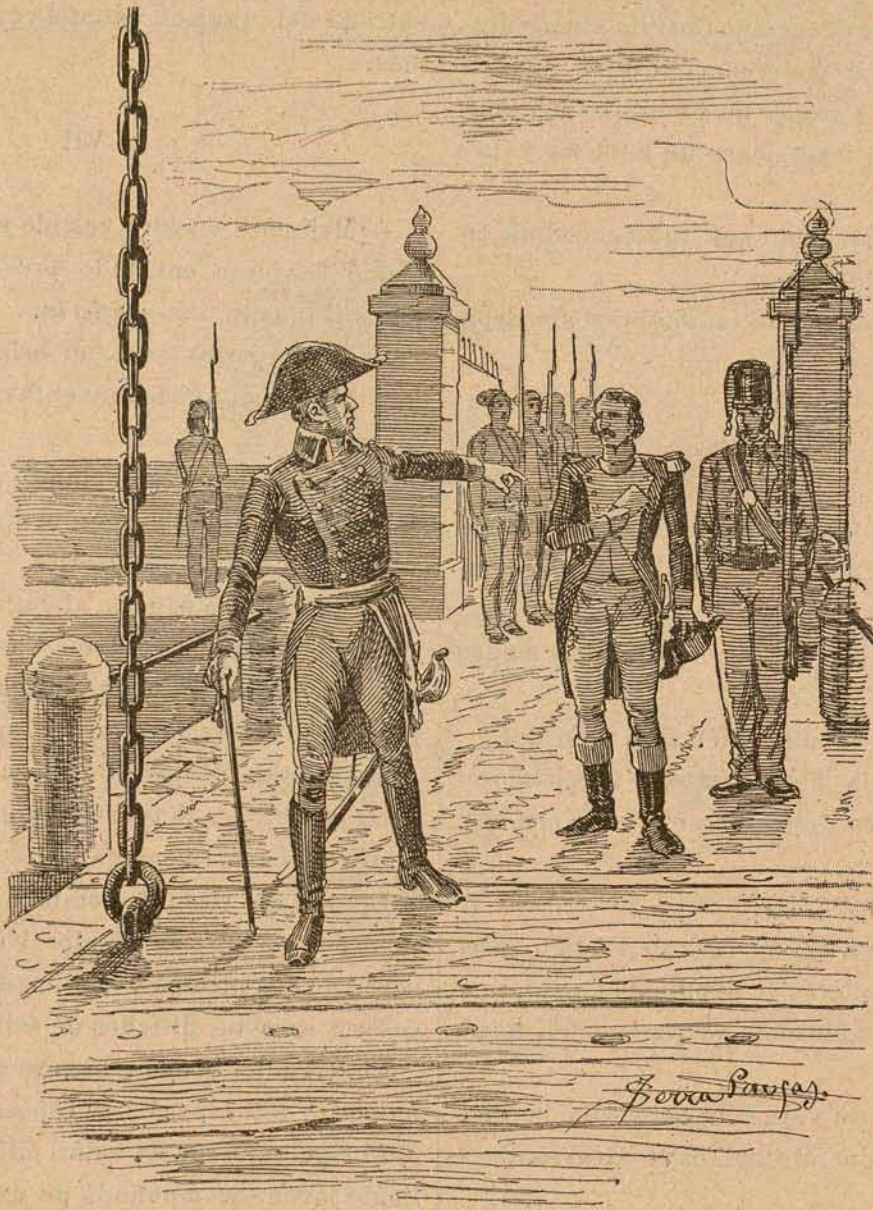
brecha ni por el arrabal: sólo habían tenido que lamentar graves pérdidas.

Como en el otro sitio, las astorganas servían en los parapetos.

Estrella estaba en el hospital de sangre curando

á los heridos, ya que no podía permanecer en las murallas por haber sufrido una contusión en un pie, á causa del rebote de una bala fría.

—¡No se rinde Astorga!—exclamaban todos sus defensores.



... ni siquiera quiso leer ni recibir el pliego...

Santocildes recorría la línea, y preguntó á Tour-nelle:

—¿Cuántos tiros quedan, capitán?

—Aun quedan veinticuatro, mi brigadier.

—Pues que se utilicen.

—Tenemos cinco cañones desfogonados y rotas todas las cureñas; pero aun puede aprovecharse uno.

—Está bien. Contaremos los cañonazos hasta el último y decidiremos luego.

Oyéronse veinticuatro cañonazos.

—Ya no queda más,—dijo Santocildes á Espinosa; —se han acabado los tiros.

El licenciado Costilla estaba todavía en la brecha disparando su fusil.

El fuego cesó cuando no hubo quedado ni un cartucho.

Reunidos en las Casas Consistoriales el Ayuntamiento y las autoridades, Santocildes expuso la situación: no quedaba en toda Astorga un grano de pólvora.

—Capitulemos,—dijeron la mayoría de los congregados.

—¡Jamás!—exclamó Costilla.—¡Muramos como numantinos! (1)

—La defensa basta para dejar enteramente salvo nuestro honor,—dijo el alcalde.—Conste, sin embargo, que miro en el licenciado Costilla al más digno de entre nosotros de poder decirse viva imagen de aquellos antiguos varones de León que nos han legado las mas altas tradiciones de nobleza y heroísmo.

Acordóse la capitulación, que fué concedida en las más honrosas condiciones.

Al ir á firmar se vió que no estaba presente Espinosa,

VI

El 22 de abril, por la mañana, los franceses hicieron su entrada en la ciudad, que parecía un cementerio.

Las fuerzas españolas se encontraban formadas en la plaza Real.

Espinosa estaba á caballo, silencioso y lívido.

De pronto salió de las filas un cabo, y arrojándose, sable en mano, entre los franceses, gritó con voz ronca de ira:

—¡Yo no capitulo! (2)

El cabo, como presa de un furioso vértigo, precipitóse contra cuantos se le oponían al paso, matando, hiriendo y sembrando el espanto en torno suyo.

Muchos quedaron sin vida á los golpes del heroico militar, hasta que, por último, cayó atravesado á bayonetazos.

Espinosa, al ver aquello, pareció que despertara de una horrible pesadilla, y con voz de trueno exclamó:

—¡Tampoco yo capitulo!

Rápido como el rayo, lanzó su caballo por encima de las filas francesas, y, antes de que hubiesen vuelto en sí del asombro, había desaparecido como una exhalación por la puerta del Sol, atravesando á escape el arrabal de San Andrés.

Mandáronse contra él los mejores dragones; pero

su caballo corría sin parar y no parecía sino que tuviese alas.

Al cabo de una hora de persecución, después de dejar tras de sí la Alameda y de cruzar el río Tuerito, el brigadier entraba en Val de Lorenzo.

Cuando llegaron los dragones, encontraron á la entrada del lugar un caballo reventado, pero nada más.

VII

—¡Molinero: vuestro vestido y va una onza!—exclamó Espinosa entrando precipitadamente en lo que allí llaman una *moldería*.

—Otro mejor os daré, mi brigadier,—contestó el molinero;—pero hacedme el favor de guardaros esa pieza.

Acto seguido fué el molinero á buscar el traje, y salió con un vestido como el que estilan en la provincia de León los *parameses*.

—Si viene una señora al lugar,—repuso Espinosa,—decidla que siga hacia Castrillo y Sanabria, y que allí encontrará al que busca. Atended á si llega pronto, pues no podrá tardar. Adiós.

En seguida emprendió la ruta que acababa de decir, y á los dos días cruzaba el Teva, en dirección á los confines de Portugal.

El país que recorría estaba cruzado en todos sentidos por cerros y profundos barrancos, por donde corrían encajonados y con impetuosa corriente caudalosos arroyos, difíciles de salvar.

El brigadier creyóse seguro en la Puebla de Sanabria, y allí esperó á su esposa.

Al siguiente día de estar allí compareció la valiente joven, acompañada de un ayudante del brigadier.

—¡Estrella!—exclamó Espinosa.—¿Cómo lo has hecho para poder llegar hasta aquí?

—Me ha costado mucho menos que á ti,—respondió ella.—Al día siguiente que rompiste por entre las filas francesas, pedí á Junot un pase, y el mariscal me lo concedió al punto, admirado de tu bravura. Grandes elogios hizo de los de mi tierra, pasándose de que después de Zaragoza y de Gerona hubiesen todavía más pueblos capaces de llegar al heroísmo.

—Pues aun le queda que ver,—repuso Espinosa.

—Salimos de Astorga, y al llegar á Val de San

(1) Frase histórica.

(2) Las Cortes decretaron más adelante un premio á la familia de este héroe.

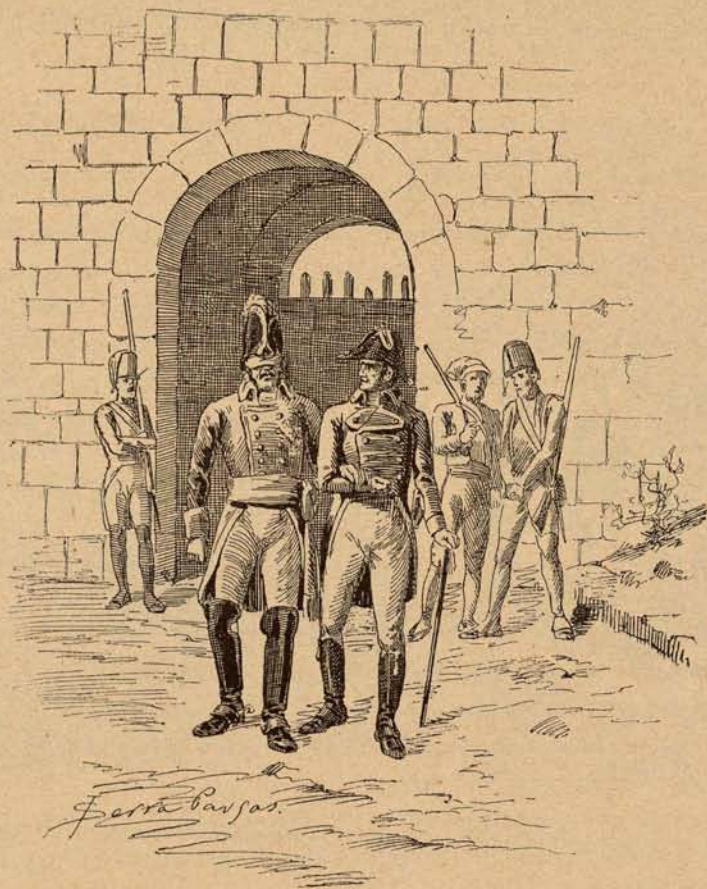
Lorenzo miróme con insistencia un molinero apostado en la entrada del lugar. Preguntóme si era yo por acaso una señora de quien le había hablado un jefe, y al contestarle que si me enteró de que le habías dicho que siguiera por Castrillo y La Puebla.

—A mi el mariscal me dió el pase sin pedírselo, mi brigadier,—dijo el ayudante.—La duquesa de Abran-

tes fué quien le rogó á su marido que D.^a Estrella designara quién quería que la acompañase.

—Bien, mi querido Belmonte,—contestó Espinosa.—Mi mujer tuvo una feliz inspiración al designarle á V. Nada me falta ya con vosotros.

El ayudante era un gallardo teniente de dragones llamado D. Luis Belmonte. Su bravura había llama-



Desechóse de nuevo al parlamentario...

do la atención de Espinosa en la retirada de Alba de Tormes, y pidió á Mendizábal que lo dejase á sus órdenes.

Mendizábal le dijo:

—Lléveselo V.: es una alhaja.

Y realmente lo era, fiel, valiente y entendido.

VIII

Los tres dejaron La Puebla el 25 de abril, tres días después de la rendición de Astorga, encaminándose á las montañas que separan á Zamora de Portugal.

Nadie, al verlos, hubiera creído quienes eran. Espinosa, convertido en paramés; su mujer, en labradora, y el ayudante, disfrazado de zamorano, envuelto en listada manta.

Doce leguas anduvieron por aquellos desiertos. Son las montañas de la frontera hispano-portuguesa, en aquella provincia de Zamora, poco elevadas, pero fragosas y quebradas por extremo; desiertas, solitarias y desoladas como si no las cruzara jamás alma viviente.

Siendo entrada la noche llegaron á Fermoselle por pedregosas veredas, sin haber visto más vegetación que algunas alamedas de negrillos y álamos

blancos, que formaban como verdes manchas en aquellas inmensas extensiones de estériles colinas.

El pueblo está asentado en la cúspide de un escabroso peñasco, á la derecha del Duero.

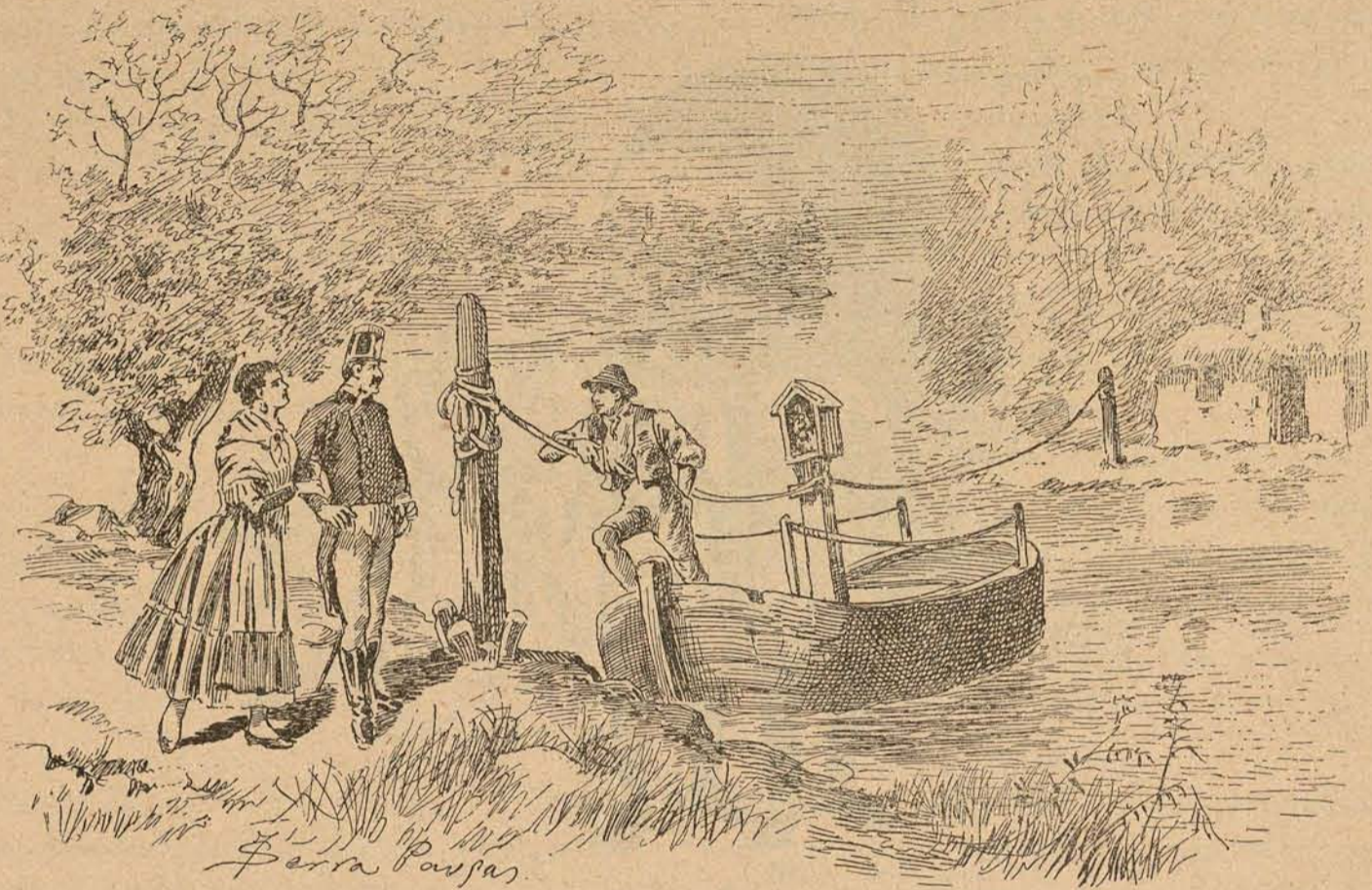
Los viajeros se dirigieron á un convento de benedictinos cercano á la villa, donde recibieron obsequiosa hospitalidad. Desde los aposentos en que se alojaban oíase rugir el río, crecido por las lluvias.

Al rayar el día despidiéronse de los frailes para

ponerse otra vez en marcha. El término estaba plantado de olivares y viñedos, á propósito para aquella tierra de secano. El tiempo era extremadamente frío á pesar de estar en primavera.

Los viajeros siguieron por las crestas de los montes en busca de una barca para pasar el Duero.

Durante cuatro leguas pudieron contemplar uno de los más imponentes espectáculos que en parte alguna ofrece la Naturaleza.



—¿A dónde vais, mis amos?—preguntó el barquero

El río, para vencer los obstáculos de aquel terreno montañoso, ha tenido que abrirse un cauce profundísimo entre sus áridas escarpaduras.

Colosales peñascos hacinados unos sobre otros, y murallones de rocas enormes y negruzcas de prodigiosa altura, forman una angosta garganta, por cuyo fondo se precipita impetuoso y mugiente el viejo Duero.

Suben desde el profundo y lóbrego abismo, envueltos en espesa niebla, los rugidos de la aprisionada corriente, despeñándose espumeante de roca en roca con horrible furia, ó rompiéndose contra los recodos y arrecifes en vertiginosos remolinos.

El viajero, lleno de pavor y asombro, no puede menos de horrorizarse cuando se acerca á aquellas

espantosas orillas, que parecen realizar una visión del Dante.

La cabeza experimenta un invencible desvanecimiento y la imaginación se llena como de un sagrado terror ante aquel espectáculo de sublime majestad.

Es un paisaje sombrío, desolador. Arriba, el cielo, y, en el abismo insondable, el río bramando de furor y despeñándose bravío y espumoso, saltando y girando, cohibido entre aquellas altísimas murallas de negruzcas piedras como dentro de un foso de gigantes. Cuatro leguas tiene de largo la monstruosa hendidura.

—¡Es horrible!—murmuró Espinosa.

Por último llegaron á un paraje donde el río sa-

lía de la negra garganta, ensanchándose cual si quisiera respirar tras tantas horas de correr apriisionado.

El paisaje había cambiado por completo. Era una hermosa y despejada llanura, cubierta de frondosos árboles. Una barca se mecía blandamente cercana á una alameda de chopos.

Los viajeros entraron en la lancha, y al poco rato se encontraban á la izquierda del caudaloso Duero.

—¿Á dónde vais, mis amos?—preguntó el barquero al despedirse.

—Á Ciudad Rodrigo, si podemos,—contestó Espinosa.

—¿Á Ciudad Rodrigo? Como D. Julián Sánchez no se empeñe, difícil veo que puedan sus mercedes entrar allí.

—Y ¿por qué no?—repuso el brigadier.

—Porque no les dejarán entrar los franceses.

—¡Qué! ¿Los franceses están en Ciudad Rodrigo?

—No están dentro, pero están fuera. Y no son pocos los que van: lo menos ví yo veinte mil, mandados por Ney.

—¿Hace mucho?

—¡Oh! No: hará una semana. Yo estaba en Valladolid y les vi salir.

—Gracias, amigo.

IX

Los tres se dirigieron á Villarino, y, mediante una buena gratificación, encontraron sendas cabalgaduras en que proseguir su viaje.

—No tardaremos mucho en topar con D. Julián,—dijo Espinosa,—y podrás abrazar á tu hermano. Juntos hemos de pelear, y tú serás nuestra guía.

—¡Qué feliz seré, Ricardo de mi alma,—contestó Estrella,—cuando vea que mi hermano es digno de serlo también tuyo!

—¡Cómo no ser un valiente si es de tu raza!—respondió Espinosa, besándola con efusión en una mano.

Largos días anduvieron, arrimados siempre á la frontera portuguesa, tocando en Sanselle, Bermollar y Martín del Río, cruzando el Tormes y el Ieltes, salvando los arrecifes de amontonadas piedras berroqueñas que estrechan sus lechos, y perdiéndose á veces en los inmensos bosques de castaños, robles, taras y madroñeras que cubren aquellas montañas.

Nada más triste que dicho país, árido y atrasado; pero, en cambio, nada más agradable que la franqueza y gravedad de sus habitantes, cuyas costumbres cultas y dulces vendrían á demostrar, si uno se fijase en ello, que la elevación moral no depende en absoluto de la instrucción. Aquellos pobres campesinos mostrábase afables y aparecían discretos por don natural: sus maneras eran tan sencillas como dignas, y en todo revelaban la arraigada honradez de sus sentimientos.

La suerte quiso que durante la guerra de la Independencia fuese la provincia de Salamanca aquella en que más sangre se derramase entre todas las de la Península, y, en efecto, Tamames, Alba de Tormes, Salamanca, Ciudad Rodrigo y Arapiles atestiguan cuán encarnizada fué allí la lucha.

Las montañas y las llanuras de aquella tierra son dignas, en efecto, de ser teatro de una gran guerra, y sus moradores han demostrado siempre que, si Salamanca fué la capital intelectual en pasados siglos, la provincia ha sabido á su vez ilustrarse por el patriotismo, el valor y la nobleza de sus hijos.

